

Fraternidad

Diciembre 2025-Vol. 38 año 8

“El ministerio ordenado es un don de la misericordia, vívanlo con humildad, oración, cercanía al pueblo de Dios y fidelidad (...) Cuiden su ministerio, déjense ayudar, no se encierren”.

Cardenal Luis José Rueda Aparicio



CONTENIDO



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

Fraternidad

Carrera 7^a n.^o 10 - 20

Tel.: (+57) 6015803491 Ext.: 1096

Cel.: 3173549191

Revista de la Oficina Arquidiocesana de
Comunicaciones

Año 8 n.^o 38

Issn: 2619-6352

Con autorización del arzobispo de Bogotá

DIRECTOR

Rafael De Brigard Merchán, pbro.

Correo electrónico: comunicaciones@arquibogota.org.co

EDICIÓN Y FOTOGRAFÍA

Oficina Arquidiocesana de Comunicaciones

Colaboradores: Diana Álvarez, Nicolás Ruiz y
Doris Hernández

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Juanita Isaza

juanaisaza@gmail.com

PUBLICIDAD Y CONTRAPORTADA

Johan Mendoza

comunicacionesgrafico@arquibogota.org.co

IMPRESIÓN

El Tiempo Casa Editorial

Distribución gratuita

Derechos reservados de la

Oficina Arquidiocesana de Comunicaciones

Arquidiócesis en redes

@arquidiocesisbo

Arquidiócesis de Bogotá (oficial)

Editorial

Sacerdotes como cuerpo

2

Notas Arquidiocesanas

El Parque Simón Bolívar fue
escenario de encuentro y misión para el clero

3

La Arquidiócesis de Bogotá y ALPHA
se unen para fortalecer la evangelización juvenil

21

Encuentro Arquidiocesano de Organismos
de Participación Sinodal

25

Signo jubilar de misericordia:
Más de 21 mil kits de aseo para población
privada de la libertad

28

Pastoral Étnica en Bogotá:
Una semilla de esperanza en clave sinodal

31

Columnistas

Por eso es por lo que uno pierde la fe

Tadeo Albarracín, pbro.

30

Análisis y Actualidad

El corazón de Dios y el grito de los pobres
Jorge Castro Gómez, pbro., C.Ss.R

32

El mito de la cima vacía
Fabi Said Castro, pbro.

40

Breves informativos

Reconocimiento al padre Andrés Fernández
por su servicio pastoral

Tiempo para nutrir, cuidar y testimoniar la fe

35

Desde la Cancillería

42

En imágenes

Parroquia Jesucristo Obrero



Detrás del Pastor

Así vivió Bogotá la Jornada Mundial de los Pobres 2025:
Itinerario de una salida misionera marcada por la caridad,
en medio de la fragilidad

4



Año Santo

- Más de 800 niños vivieron el Jubileo Arquidiocesano de la Infancia
- Ecos de la participación arquidiocesana en el Jubileo de Equipos Sinodales y Organismos de Participación, en Roma
- Jubileo del voluntariado en esta Arquidiócesis, un encuentro de gratitud y esperanza
- Tiempo para sembrar esperanza, un trienio cargado de frutos

8-15



Asambleas Vicariales

Iglesia en Bogotá discierne y celebra el paso de "sembrar la esperanza" a "cultivar la fe"

16



Historias de Vida

Padre Hernán
Cimadevilla y Madrigal

18



Conversaciones

Cardenal Luis José Rueda Aparicio

22



Parroquia Santa Cecilia Romana

Una comunidad parroquial
que se reconoce como familia de fe

26



Iglesia en Obras

Con la Fundación Valenzuela Balén renace la esperanza

36



Ordenaciones

Nuevos sacerdotes y diáconos para el servicio en esta Iglesia particular

38

Sacerdotes como cuerpo

Estamos llegando al final del año jubilar de la esperanza. En la Arquidiócesis de Bogotá este acontecimiento espiritual se convirtió en infinidad de acciones para ofrecer a todos los miembros de la Iglesia la oportunidad de renovar su fe, celebrarla, trabajar en la propia conversión y también extender su misericordia sobre las personas más necesitadas.

Para el arzobispo de Bogotá, para sus obispos auxiliares y para los sacerdotes y diáconos, el año jubilar fue un tiempo muy intenso en el ejercicio del ministerio.

La predicación, las peregrinaciones, las confesiones, las obras de caridad, la convocatoria a las comunidades, todo esto y mucho más, dibujó el año jubilar como un tiempo realmente de gracia y conversión.

Dentro de todo lo realizado vale la pena destacar el modo colegiado como el clero de Bogotá actuó durante este año. A manera de ejemplo se podría traer a este comentario las veces en que grupos de 40 o 50 sacerdotes acudieron a la Catedral de Bogotá, en peregrinación jubilar con sus comunidades y, mientras estas escuchaban las enseñanzas de los obispos y celebraban la eucaristía, ellos, en una imagen muy significativa, se dedicaban de lleno a ofrecer el sacramento de la reconciliación a los penitentes. Resultaba como un cuerpo sacerdotal unido para servir con todos sus dones al pueblo de Dios. Si se quiere, una acción espiritual masiva o de choque, para el bien de las personas y para crecimiento del ministerio sacerdotal.

Realmente la experiencia no es del todo nueva, pero permite, una vez más, descubrir los valores que encierran este tipo de experiencias puramente pastorales. El primero es la forma oportuna en que los sacerdotes se sitúan en un momento concreto de la vida de las personas que los requieren. El segundo es el entusiasmo vocacional que se genera en los mismos presbíteros al descubrirse como un solo cuerpo, todos, que se dedican a una de las tantas tareas del ministerio sagrado, pero en modo multiplicado, por expresarlo de alguna manera. El tercer puede ser el ver en un momento específico que todo el cuerpo sacerdotal sirve a la única Iglesia de Cristo que peregrina en Bogotá, aunque por efectos de organización cada uno tenga un cargo pastoral diferente. La procesión que se realizó el día del jubileo de los sacerdotes de Cundinamarca, desde la iglesia del Carmen a la Catedral, fue un signo muy elocuente de la unión, la fuerza, el sentido de pertenencia y el mismo camino que recorre el único sacerdocio de Cristo encarnado en tantas vidas particulares que llevan el reino de Dios a todos los rincones del mundo.

Sin que la tarea individual de cada sacerdote pierda nada de su importancia y relevancia, muchos signos del mundo actual, quizás de Dios, invitan a pensar que el sacerdocio, no solo será más sostenible desde el punto de vista de la misión, sino también desde lo puramente humano y vocacional, si se ejerce más colegiadamente. Acaso diríamos, en tono sinodal, todos juntos, en comunión. Se ha recorrido un camino importante a nivel de arciprestazgos, de vicarías y de la misma Arquidiócesis. Bien vale la pena seguir trabajando en este sentido para recoger mejores frutos, para no diluirnos en la gran ciudad y para fortalecer en todo sentido a cada uno de los varones que Dios llamó un día al ministerio sacerdotal y que transitan ahora en medio de una ciudad, una cultura, unas personas y comunidades, que los ponen a prueba en cada momento.

Jesús, al iniciar su misión, escogió a 12 hombres para que lo acompañaran. En sus momentos más difíciles, se hizo acompañar de tres de ellos. En la cruz estuvo con su madre y el apóstol amado. Resucitado se presentó de nuevo ante ellos para enviarlos a predicar. Si en la barca en que navega el ministerio ordenado hay unidad y en ella está Jesús, no habrá tormenta ni oleaje que la detenga. Es lo que hemos contemplado en el año jubilar y, por supuesto, estamos alegres.

Monseñor Rafael De Brigard Merchán
Director

PD: Al terminar mi servicio al frente de la Oficina de Comunicaciones de la Arquidiócesis de Bogotá, agradezco al señor arzobispo la confianza dada y al equipo de esta oficina su dedicación y profesionalismo a toda prueba. Muchos éxitos al nuevo director, monseñor Mauricio Urbina.

El Parque Simón Bolívar fue escenario de encuentro y misión para el clero

En un ambiente de oración, alegría y fraternidad los sacerdotes de la Arquidiócesis de Bogotá participaron en el encuentro 'Clero al Parque', realizado la primera semana de octubre, en el Templo Eucarístico del parque metropolitano Simón Bolívar.

La jornada reunió a más de 300 sacerdotes que sirven pastoralmente en parroquias, comunidades y obras arquidiocesanas, con el propósito de fortalecer sus lazos de comunión y sentido de pertenencia.

A través de dinámicas de integración y trabajo por equipos, los presbíteros, obispos auxiliares y el cardenal Luis José Rueda Aparicio, volvieron sus ojos hacia la gracia del ministerio, al llamado a sentirse hermanos y a caminar juntos en la misión evangelizadora.

Uno de los momentos significativos de esta jornada fue el rezo del Santo Rosario, en el que participó el nuncio apostólico en Colombia, monseñor Paolo Rudelli, quien acompañó a los sacerdotes en oración por la Iglesia, la ciudad y las comunidades que sirven día a día con entrega y alegría.

Seguidamente, el cardenal Luis José impartió la bendición y los animó a seguir siendo signos de comunión y esperanza en medio de la sociedad.

El encuentro reafirmó la cercanía entre los sacerdotes que sirven en esta jurisdicción eclesiástica y su compromiso por continuar anunciando el Evangelio en todos los rincones de esta ciudad-región. **F**

Vea impresiones sobre la jornada y testimonios escaneando el QR



Fe de erratas:

En la edición número 37 de esta revista, correspondiente al especial 'La importante misión de los obispos auxiliares de Bogotá', se presentó un recorrido histórico sobre el servicio de los obispos auxiliares en esta jurisdicción eclesiástica, así

como de los arzobispos coadjutores que han acompañado la misión evangelizadora de la Iglesia en la capital.

En dicho especial se omitió mencionar a monseñor Ismael Perdomo, nombrado arzobispo coadjutor de Bogotá en 1923, con derecho a sucesión del entonces arzobispo monseñor Bernardo Herrera Restrepo. (Lea en la página 39).

Así vivió Bogotá la Jornada Mundial de los Pobres 2025: Itinerario de una salida misionera marcada por la caridad, en medio de la fragilidad.



A las seis de la mañana, cuando la ciudad aún se preparaba para su cotidiano transcurrir, entre la suave lluvia y el frío característico del amanecer capitalino, la Arquidiócesis de Bogotá ya estaba en camino.

Las localidades San Cristóbal y Usme, territorios marcados por la pobreza material y las heridas silenciosas de la exclusión, fueron el escenario donde, el 16 de septiembre, la Iglesia católica local celebró la Novena Jornada Mundial de los Pobres. Un día intenso, profundamente humano y pastoral, vivido en el espíritu de Santa Isabel de Hungría, patrona de la Arquidiócesis, mujer valiente, ejemplo de entrega, caridad cristiana y servicio.

“Felices los pobres si son capaces de dar testimonio de amistad y de confianza en Dios”

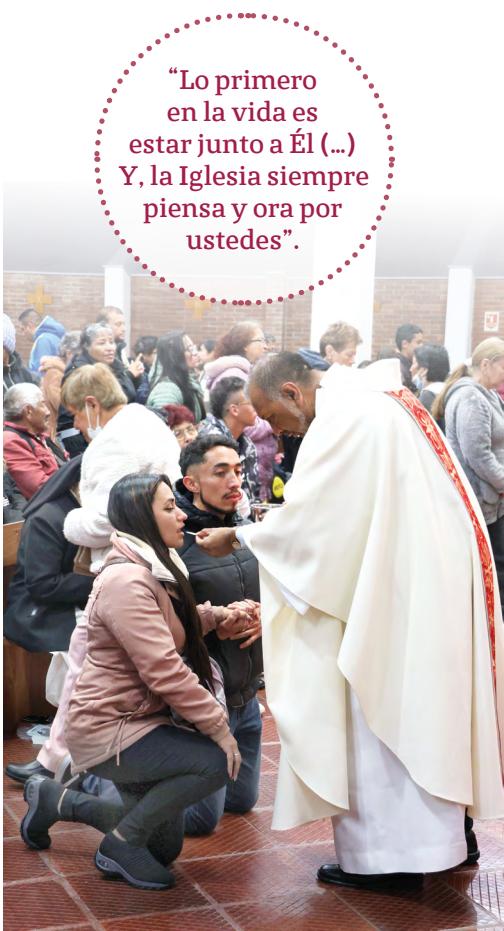
Precisó el cardenal Luis José Rueda Aparicio al inicio de esta conmemoración en la parroquia San Mario, ante más de 300 familias provenientes de distintas comunidades del arciprestazgo 4.2 (grupo de parroquias cercanas) de la Vicaría Episcopal Territorial San José, congregadas para hacer parte de esta misión de fe, cercanía y misericordia.

Jesús –manifestó el cardenal– fue pobre, y en Él está la verdadera riqueza de la vida. Por eso, más que el esplendor de los templos, a Jesús le importa la persona.

Los pobres, explicó el arzobispo de Bogotá, son bienaventurados porque: dan testimonio de vida cristiana, incluso en medio de la adversidad; poseen la sabiduría del Espíritu Santo, profunda y serena, incluso sin estudios universitarios; y perseveran, porque cada día se levantan con esperanza para seguir luchando por sus familias.

Por eso, “los pobres no pueden ser tristes”, insistió agregando que “hay un tesoro que es Dios, que se da como pan de vida y palabra, y ese tesoro nadie se los quita”.





“Mirar al pobre como signo de esperanza”

Monseñor Ricardo Pulido, vicario episcopal de la Diaconía para el Desarrollo Humano Integral, estructura pastoral que de la mano de la VET San José y con el apoyo de los sacerdotes que acompañan el territorio prepararon la conmemoración de esta jornada, explicó el enfoque renovado que este año se le dio:

“Siguiendo el mensaje del papa León XIV, hemos querido volver a mirar a nuestros hermanos pobres —pero al pobre que quiere crecer, que está llamado a realizar su vida y cuya existencia misma encarna esperanza—. Por eso orientamos esta jornada mirando al pobre como signo de la esperanza de Dios”, afirmó.

Retomando las palabras del Santo Padre, el sacerdote recordó que “la mayor pobreza que hay es alejarse de Dios”, por ello, enfatizó: “lo primero en la vida es estar junto a Él (...) Y, la Iglesia siempre piensa y ora por ustedes”. También lo hace por una Iglesia que camine con quienes viven el agobio



La conmemoración de esta jornada, promovida por la Diaconía para el Desarrollo Humano Integral de esta Arquidiócesis, bajo el liderazgo de monseñor Ricardo Pulido, fue especialmente animada por el vicario episcopal territorial, monseñor Nelson Torres y por los sacerdotes que acompañan el territorio: presbíteros Juan Sebastián Ardila, Erick Joseph Mtey, Jonathan Rozo, Raúl Gelves, Jhordano Castro, Ramón Araujo. También por sacerdotes y religiosas de la comunidad salesiana que acompañan distintos procesos pastorales y sociales, entre ellos, el padre Luis Fernando Velandia.

de la pobreza; por las familias que luchan por el pan diario y por su dignidad; por las periferias territoriales y existenciales de Bogotá; y por una comunidad que quiera ser «una Iglesia pobre para los pobres».

Es así como en esta jornada no solo se habló de pobreza material, se quiso poner nombre a otras pobrezas más silenciosas:

la del alma, la del corazón herido, la causada por la injusticia, las violencias, los vicios o la soledad que golpea la dignidad humana. Esta mirada amplia motivó una salida misionera con múltiples paradas, todas orientadas a acompañar, reconocer y escuchar las diferentes situaciones de vulnerabilidad presentes en la ciudad.



Iglesia en salida: Arquidiócesis de Bogotá al servicio de la dignidad humana.

fraternidad: compartieron un tradicional desayuno capitalino y recibieron un mercado con víveres y elementos de aseo, donados por el Banco de Alimentos de Bogotá. A pesar de la lluvia, el ambiente estaba cargado de gratitud. “La pobreza no nos define—decía una madre de familia—. Lo que nos define es la fuerza con que seguimos adelante (...) Estamos agradecidos por este encuentro”.

Más tarde, el equipo arquidiocesano se desplazó a la parroquia Santa María Micaela, donde 200 adultos mayores viven un proceso sostenido de dignificación. Allí, el cardenal primado de Colombia, les recordó que el Señor “siempre nos da su calor, su abrazo y su ternura (...) Nos da la gracia de saber que somos necesitados, que no somos capaces de tenerlo todo por nuestra cuenta, que necesitamos abrir el corazón y mirar a Dios desde la gratitud, reconociendo todo lo que ha hecho en la vida de cada uno”.

Es un gozo estar aquí, les expresó mientras compartía un detalle con cada uno de estos ancianos, maestros de fe y raíz llamada a sostener las nuevas generaciones.

Este momento para los abuelos no fue un simple encuentro, fue un espacio en el que se les animó a recuperar la alegría, las relaciones y la certeza de que no están solos.

Un proyecto que representa posibilidades, sueños y futuro

El recorrido continuó en la Escuela Deportiva Parroquial Santa María Micaela, donde niños, niñas y adolescentes que viven en contextos complejos encuentran en el deporte un camino de fraternidad y superación. Allí, se hizo entrega de implementos deportivos y se compartió un momento fraterno.

“El deporte nos ayuda a vivir en paz y necesitamos vivir en paz (...) Ustedes son misioneros y misioneras de la paz a través del deporte”, les dijo el cardenal, animándolos a perseverar en el cultivo de valores humano-cristianos y de acciones que sostengan su vida, apoyen su proyección personal y el mejoramiento de las realidades comunitarias.

“A través del trabajo en equipo y la disciplina pueden salir adelante”, agregó monseñor Ricardo Pulido.

Durante la presentación oficial a nivel arquidiocesano de la escuela, se destacó que en el contexto de la Jornada Mundial de los Pobres esta iniciativa se convierte en un signo vivo del Evangelio; un lugar en el que el deporte es herramienta educativa, donde se forjan valores, se fortalece la convivencia; y donde cada niño, niña y joven puede descubrir que su vida vale y tiene un horizonte de esperanza.

Jornada que siembra dignidad

Las voces de los abuelos, la sonrisa de los niños, la fortaleza de las madres y el paso firme de los jóvenes rehabilitándose marcaron esta celebración.

No fue solo una acción social, significó un testimonio de Iglesia en salida, que camina en medio las realidades que se viven en esta ciudad-región, para recordarle a cada persona que su vida tiene un valor infinito, y que el amor misericordioso del Padre siempre está presente, los fortalece y guía.

Una Iglesia que madruga a la esperanza

Finalizada la eucaristía, 350 familias, en situación de vulnerabilidad, fueron acogidas con un signo de solidaridad y



Iglesia, institucionalidad y comunidades comprometidas por el futuro de los más pequeños y las oportunidades para todos.



Felices los pobres

Desde niño te recuerdo Madre bendita. Eres Virgen María, mi hermoso tesoro, y eres fuente purísima de mi felicidad: Mi padre un honrado obrero, mi madre una íntegra artesana, con ellos aprendí a trabajar junto a mis hermanos y hermanas, vida bella, vida austera, con dignidad; sin lujos, sin opulencia y sin vanidad.

Desde niño te amo Madre bendita, eres Virgen María, mi hermoso tesoro, y eres fuente purísima de mi felicidad: Felices los pobres que son fraternos, la pobreza nos hace libres para amar; felices los pobres que son pacientes, la pobreza nos hace fuertes para esperar; felices los pobres que son persistentes, la pobreza nos hace valientes para avanzar.

Desde niño te busco Madre bendita, eres Virgen María, mi hermoso tesoro, y eres fuente purísima de mi felicidad.

Amén.

+Luis José Rueda Aparicio
Arzobispo de Bogotá
3 de agosto de 2025

La siguiente parada de esta salida misionera fue el instituto para jóvenes en proceso de recuperación por consumo de sustancias, acompañado por la comunidad salesiana desde la parroquia El Niño Jesús – 20 de Julio, en el que el cardenal Luis José; el vicario de la VET San José, monseñor Nelson Humberto Torres González; monseñor Ricardo Pulido y parte del equipo de la Diaconía para el Desarrollo Humano Integral, se encontraron con jóvenes y adolescentes, quienes compartieron la historia de consumo, violencia y ruptura familiar que los llevó a situaciones de extrema vulnerabilidad, pero también su realidad actual llena de esperanza y anhelo por reconstruirse, recuperar sus sueños y dar un nuevo rumbo a su vida.

Tras un compartir de testimonios y de expresiones de ánimo, servicio y acogida hacia estos jóvenes en su proceso, se hizo entrega de una donación

simbólica para intervenciones locativas en el instituto.

Esta misión, que tocó cientos de vidas en el sur de la ciudad, concluyó con la visita a un hogar en el que se hizo entrega de una silla de ruedas y de un mercado, manifestando la cercanía de una Iglesia que, con gestos concretos, quiere acompañar en el dolor y desafíos cotidianos.

La luz continúa encendida

Lo vivido el 16 de noviembre fue un signo más del compromiso permanente de la Arquidiócesis: Construir una ciudad donde nadie quede atrás, donde la fe se viva en acompañamiento cercanía, y esperanza.

Como enseñó Santa Isabel de Hungría, cuya fiesta acompañó la jornada: La caridad es un camino que se recorre cada día. Y Bogotá, con sus periferias heridas pero resilientes, sigue siendo un lugar donde esa caridad puede hacerse carne, abrazo y oportunidad. **F**



Más de 800 niños vivieron el Jubileo Arquidiocesano de la Infancia

Un encuentro de fe, alegría y esperanza

El Instituto San Pablo Apóstol (ISPA), en su sede Libertador, el sábado 25 de octubre, se llenó de color, cantos y sonrisas. Más de 800 niños y niñas, provenientes de comunidades parroquiales de las ocho vicarías episcopales territoriales de la Arquidiócesis de Bogotá, junto a estudiantes del Sistema Educativo Arquidiocesano (SEAB), vivieron el Jubileo Arquidiocesano de la Infancia, una jornada cargada de signos, fe y esperanza en el marco del Año Santo 2025.

Entre cantos y sonrisas la fe se sigue cultivando

Desde tempranas horas, el lugar se convirtió en una auténtica fiesta. Entre risas, danzas y aplausos, los pequeños fueron recibidos en un ambiente de fraternidad.

El grupo circense de la Compañía Teatral Obra Juan Bosco Obrero, de Ciudad Bolívar, abrió el encuentro con una presentación artística llena de color y ternura, recordando que la alegría también evangeliza.

Este momento fue acompañado por el ministerio musical Tierra Fértil, con cantos que llenaron de entusiasmo a los niños y niñas, preparando sus corazones para vivir una jornada especial.

Con un gesto de ternura y entusiasmo, la hermana Magda Liliana Cruz Gómez, FMA, vicaria de la Diaconía para la Esperanza de la Arquidiócesis de Bogotá, estructura pastoral encargada de organizar este encuentro, dio la bienvenida: "Ustedes, queridos niños, son nuestra esperanza. Estamos alegres en este jubileo porque tenemos la certeza de que Dios siempre está con nosotros y no nos



abandona. Los niños y las niñas del mundo, de Colombia, de Bogotá, son los preferidos de Dios".

Su mensaje, sencillo y cercano, despertó sonrisas y un espontáneo levantamiento de manos cuando invitó a todos a manifestar su alegría: "Levanten la mano quienes hoy van a estar alegres", dijo entre risas, mientras cientos de manos se alzaban al cielo, y ella recordaba que tanto estos pequeños, como sus familias, catequistas, animadores y comunidades "son signo vivo de que la Iglesia es casa que acoge, acompaña y envía a los niños y niñas como pequeños misioneros del amor de Dios".

La Eucaristía: centro y corazón del Jubileo

La santa misa fue presidida por monseñor Edwin Vanegas, obispo auxiliar de Bogotá, y concelebrada por varios sacerdotes que acompañan el trabajo pastoral con niños, niñas y adolescentes. Acompañó monseñor Alejandro Díaz, también obispo auxiliar en esta jurisdicción eclesiástica.

El coro infantil de la parroquia Santa Cecilia, conocido como Octava Schola, puso la nota musical litúrgica, envolviendo el ambiente en un clima de oración, inocencia y gratitud.

Sembrando semillas de fe en un lenguaje cercano y alegre

En su homilía, monseñor Edwin, a partir del Evangelio de la multiplicación de los panes y los peces, ofreció una catequesis concreta y profundamente significativa, desde un lenguaje que conectó con los pequeños: “¿Cómo se llama la tabla de multiplicar de Jesús?”, les preguntó, orientando las respuestas hacia una idea que desarrollaría en su mensaje. Se trata de «la tabla del amor», les explicó, agregando que “el que se aprende esa tabla se parece a Jesús. Y eso es lo que nos enseña hoy el Evangelio”.

El obispo invitó a los niños y niñas a descubrir tres palabras claves: pan, pescado y canasto, explicando su sentido como símbolos de vida, creación y solidaridad.

“El pan representa su vida, su alegría, su inocencia, lo que hace falta en el mundo. El pescado nos recuerda el cuidado de la naturaleza y de la Casa Común. Y el canasto nos enseña a compartir, a preocuparnos por los que no tienen”, precisó.

Con su estilo cercano y pedagógico, el obispo los animó a convertirse en “misioneros de la vida”, guardianes de la creación y constructores de paz: “Ustedes, queridos niños, hacen posible que Jesús siga multiplicando la vida, la esperanza, el júbilo. La tabla del amor nunca falla y alcanza para todos”.

Al concluir la celebración, un canto resonó con fuerza: “Alma misionera”, entonado por todos los presentes como signo del envío a ser testigos de esperanza.

Coloreando la esperanza: una catequesis vivida y compartida

Después de un espacio de merienda fraterna, la jornada continuó con el taller “Coloreando la esperanza con Luce y sus amigos”, una propuesta catequética y creativa en la que los niños, a través de dibujos y reflexiones, descubrieron la presencia de Dios en su vida cotidiana.

El trabajo se desarrolló por grupos, guiado por facilitadores y jóvenes voluntarios, en torno a los personajes: Luce, Fe, Xin y Sky.

Cada figura, dibujos animados propuestos desde el Vaticano al inicio del Año Santo como estrategia para conectar con niños y jóvenes, representó una virtud:

- **Luce**, la alegría que ilumina.
- **Fe y Aura**, la confianza y el Espíritu Santo.
- **Xin**, la fuerza de la comunidad.
- **Sky**, la esperanza que construye el futuro.

A través del color, su huella y firma de compromiso, los pequeños construyeron un gran mural colectivo, símbolo de unidad y de su papel activo en la Iglesia.

Uno de los facilitadores resumió el espíritu de la actividad: “Cada pieza del rompecabezas es diferente, pero todas son necesarias. Así somos nosotros en la Iglesia: distintos, pero unidos formamos un solo cuerpo lleno de fe y esperanza”.

Mientras tanto, los padres de familia y acompañantes participaron en un espacio paralelo dirigido por Familias Misioneras de las Obras Misionales Pontificias, reflexionando sobre su papel en la transmisión de la fe a los más pequeños.

Momento mariano y Arco de la Esperanza: Cierre jubilar

Hacia el mediodía, en ambiente de peregrinación gozosa, cada grupo caminó llevando su mural hacia el auditorio, atravesando el Arco de la Esperanza, signo jubilar de paso y compromiso.

El momento mariano selló el encuentro con la oración confiada a la Virgen María. Bajo su amparo, los niños depositaron sus sueños, compromisos y deseos de ser sembradores de paz y de amor en sus hogares, colegios y comunidades.

La imagen era conmovedora: más de 800 niños levantando sus murales coloridos, cantando a María con sus voces limpias y radiantes. Una escena que resumía el espíritu del Jubileo: la alegría de creer, de compartir y de caminar juntos como Iglesia.

Una jornada posible gracias a muchos corazones

Más de 120 personas –entre facilitadores, catequistas, acompañantes de infancia misionera, voluntarios, docentes y seminaristas de los Seminarios Mayor y Redemptoris Mater de Bogotá– hicieron posible este encuentro de fraternidad y esperanza.

Para todos, fue más que una actividad pastoral: fue una experiencia de Iglesia viva, donde los niños recordaron que también ellos son protagonistas del Reino de Dios y testigos de la esperanza en el presente.

Como expresó una niña al final de la jornada, con su dibujo aún en las manos: “Hoy aprendí que Jesús también cuenta conmigo. Que mi alegría puede iluminar a otros”.

El Jubileo Arquidiocesano de la Infancia fue, sin duda, una fiesta del corazón, una expresión viva del Evangelio encarnado en los más pequeños, quienes –como dijo el papa Francisco– “nos enseñan con su ternura a abrirnos a la esperanza”. **F**

*Fotos: OAC / Vicaría de la Esperanza

CLAUSURA DEL JUBILEO

DICIEMBRE

Clausura del Jubileo de la Esperanza en Catedral y todas las parroquias

Domingo
28



TEMPLOS JUBILARES EN BOGOTÁ

Catedral Primada de Bogotá San Pedro
Carrera 7 #11-10

Santuario del Señor de Monserrate
Carrera 2 este #21-48

Cerro de Monserrate Bogotá
Carrera 2 este #21-48
Cerro de Monserrate Bogotá

Santuario de Nuestra Señora de la Peña
Carrera 7A bis este #7A-50

Basílica Menor de Nuestra Señora de Lourdes
Carrera 13 #63-27

Basílica Menor de Nuestra Señora de Chiquinquirá
Carrera 13 #51-38

Basílica Menor la Inmaculada Concepción de Cáqueza
Avenida carrera 4 #2-39 (Cáqueza Cundinamarca)

Parroquia Santa María de la Esperanza
Carrera 1b Este #75-26 sur

Parroquia el Niño Jesús 20 de Julio
Carrera 5A #28a-18 sur

Parroquia San Juan de Ávila
Carrera 18 #136-36



Ecos de la participación arquidiocesana en el Jubileo de Equipos Sinodales y Organismos de Participación, en Roma

Por: Lina Fernanda Delgadillo Rojas,
asistente Diaconía para la Espiritualidad Sinodal

Un signo de esperanza para la Iglesia



Encuentro jubilar en Roma

Del 24 al 26 de octubre, una delegación del equipo sinodal arquidiocesano participó en el Jubileo de Equipos Sinodales y Organismos de Participación, convocado de manera extraordinaria, en su momento, por el papa Francisco y el secretariado para el Sínodo como parte del itinerario de implementación del proceso sinodal. Este encuentro, en Roma, fue una oportunidad para celebrar la esperanza que brota del camino de conversión sinodal que la Iglesia viene recorriendo en los últimos años.

Entre las prioridades que esta fase propone a cada Iglesia particular se encuentra la consolidación de equipos interdisciplinares que animen la vivencia de la sinodalidad en las diócesis, parroquias y comunidades. En la Arquidiócesis de Bogotá, por voluntad del señor arzobispo, esta tarea ha sido entregada al equipo base de la Vicaría de Evangelización, que impulsa con entusiasmo y confianza el dinamismo del proceso sinodal.



“ Durante el encuentro se destacó el liderazgo de la Iglesia latinoamericana en la implementación del Sínodo, evidenciado también, en la experiencia arquidiocesana ”

Una experiencia desde la universalidad de la Iglesia

Durante los tres días del jubileo participaron cerca de dos mil asistentes provenientes de distintas naciones, reflejo de la diversidad y riqueza del Pueblo de Dios y de la polifonía de sus voces. Todos compartían la misma convicción y esperanza en este camino común.

En palabras del cardenal Mario Grech: “Estamos aquí porque amamos la Iglesia y creemos en la Iglesia, pero quizás más importante aún, porque esperamos en la Iglesia. Es una esperanza que no se basa en nuestros sueños ni en nuestras ideas, sino en la convicción de que la Iglesia es la Iglesia de Dios y que su futuro está asegurado”.

Las sesiones de trabajo, realizadas principalmente en el Aula Pablo VI, ofrecieron espacios de escucha, oración y reflexión comunitaria. Se vivió la conversación en el Espíritu como método de discernimiento eclesial, se compartieron experiencias significativas de distintas regiones del mundo y se fortaleció la comunión mediante testimonios, talleres y momentos celebrativos.

Cada jornada recordaba que el jubileo es, ante todo, una invitación a la conversión, la reconciliación y la vida nueva que recibimos de Cristo.

A la escucha de la voz del Papa

El jubileo también se distinguió por espacios formativos y de reflexión. En la primera jornada, el papa León XIV dialogó con representantes de siete agrupaciones eclesiales, valorando los avances y desafíos del camino sinodal. Subrayó la importancia de mantener el talante misionero que caracteriza a toda la Iglesia y de reconocer los dones particulares que cada comunidad aporta al conjunto del Pueblo de Dios.



El Santo Padre invitó además a superar los miedos y resistencias frente a la sinodalidad mediante la formación y la comunión, signos concretos de esperanza.

Exhortó, además, a centrar la mirada en las personas más que en los procesos, pues son los creyentes que viven su fe con entusiasmo quienes inspiran la conversión eclesial. Finalmente, animó a valorar la diversidad cultural como oportunidad para abrir caminos de inclusión y profundizar en la espiritualidad sinodal.

Jubileo, una experiencia de comunión y espiritualidad

Los momentos celebrativos del jubileo fueron verdaderas experiencias de comunión eclesial, donde la diversidad de lenguas y culturas no impidió saborear juntos la presencia de Dios.

Destacó la peregrinación jubilar, vivida en silencio orante al cruzar la Puerta Santa, signo de Cristo, “puerta de la fe” (cf. Jn 10,11). En la Basílica, monseñor Luis Marín de

San Martín, subsecretario del Sínodo, invitó a meditar las palabras de san Pablo a los Romanos desde tres claves: hemos sido salvados, el centro es Cristo y el dinamismo de la fe y el amor nos impulsa a la misión.

En la noche del sábado, en medio de la lluvia, María ocupó un lugar especial. Bajo su mirada e intercesión, el cardenal Grech propuso contemplarla como modelo de la Iglesia sinodal: “Queridos hermanos y hermanas, esta noche también nosotros nos ponemos en la escuela de María, imagen y principio de la Iglesia, para aprender a ser una Iglesia sinodal.” Ella con su escucha de la voz de Dios, acogida de su voluntad y acción confiada la convierten en un referente luminoso para este tiempo eclesial.

Después del jubileo, ¿qué viene?

Al concluir la experiencia jubilar, queda un profundo agradecimiento por el camino recorrido por la Iglesia en Bogotá, que reconoce en el Camino Discipular Misionero una respuesta fiel al Espíritu y a la conversión sinodal. Durante el encuentro se destacó el liderazgo de la Iglesia latinoamericana en la implementación del Sínodo, evidenciado también, en la experiencia arquidiocesana.

En una de sus intervenciones, el papa León afirmó: “No buscamos un modelo uniforme ni presentaremos una plantilla que dicte a cada país cómo debe hacerlo. Se trata, más bien, de una conversión al espíritu de ser Iglesia misionera y familia de Dios.”

Desde esta convicción, cada Iglesia particular está llamada a seguir aprendiendo unas de otras, compartiendo los carismas y discerniendo los pasos a seguir.

Algunos de los retos que deja el jubileo son:

- Profundizar y encarnar la conversación en el Espíritu en los espacios de discernimiento eclesial.
- Favorecer una participación eclesial auténtica, que evite interpretaciones sesgadas frente a las coyunturas sociales.
- Promover una formación continua en sinodalidad, que ayude a comprender y vivir este modo de ser y proceder en la Iglesia.
- Seguir trabajando por la comunión y la acogida, siendo compañeros de camino en las realidades humanas cotidianas, para tender puentes y ser testimonio vivo de Jesucristo en la ciudad.

Este jubileo renueva la certeza de que el Espíritu Santo continúa conduciendo la Iglesia por caminos de comunión, participación y misión. Con gratitud por lo vivido y esperanza en lo que vendrá, se confirma la invitación a seguir caminando unidos, confiando en que el Señor hace nuevas todas las cosas y que cada paso hace realidad la conversión y renovación sinodal de la Iglesia. 



Jubileo del voluntariado en esta Arquidiócesis, un encuentro de gratitud y esperanza

En el marco del año jubilar y del Camino Discipular Misionero que vive la Arquidiócesis de Bogotá, cerca de 100 animadores de la evangelización y voluntarios en las diversas coordinaciones e iniciativas sociales y eclesiales de la Diaconía para el Desarrollo Humano Integral, incluidos algunos servidores de infancia y juventud, se reunieron, el 8 de noviembre, para celebrar su jubileo, un encuentro profundamente humano, fraternal y gozoso; cargado de sentido espiritual y de gratitud.

La jornada jubilar, organizada por la coordinación arquidiocesana para el voluntariado de la Diaconía para el Desarrollo Humano Integral en esta jurisdicción eclesiástica, tuvo lugar en la Fundación Universitaria Unimonserrate, donde se vivió una mañana de compartir en torno al don del servicio, de formación y fiesta comunitaria por la misión silenciosa y constante que cientos de voluntarios realizan en parroquias, vicarías, obras sociales y otras iniciativas eclesiales de la Iglesia bogotana.

Un comienzo marcado por el reconocimiento y la esperanza cristiana

La jornada inició con una cálida acogida. El padre Danny Julián Barón, coordinador del voluntariado arquidiocesano, en su saludo agradeció la entrega generosa de cada voluntario y los invitó a perseverar con valentía y alegría en el servicio, recordando que “la misión de la Iglesia se sostiene gracias a tantas manos que sirven desde el amor y la sencillez”.

Uno de los momentos más significativos fue el espacio de reconocimiento entre los asistentes, dinamizado a través del ejercicio llamado “el reloj del servicio”, que permitió a los



voluntarios identificar la diversidad de carismas que confluyen en las obras y acciones pastorales de la Arquidiócesis. Allí se evidenció la riqueza humana y espiritual que apoya la evangelización en la capital colombiana, acompañando, con especial cuidado y misericordia las periferias territoriales y humanas.

Escuchar, discernir y celebrar la esperanza

El encuentro continuó con una reflexión alrededor de dos preguntas que han guiado las asambleas parroquiales en este tiempo jubilar: ¿Cómo ha crecido la esperanza en mi vida y en mi servicio? y ¿qué nos falta para vivir más plenamente como Pueblo de Dios la esperanza?

Las respuestas, cargadas de sinceridad y experiencia, dieron testimonio del impacto que el servicio voluntario tiene no solo en las comunidades acompañadas, sino en la vida espiritual de quienes lo realizan.

Posteriormente, el diácono Nelson Guillén ofreció la formación central del encuentro, titulada 'La esperanza cristiana solo se mantiene a través de la valentía y la alegría del servicio'. A partir de diversos textos bíblicos, resaltó el servicio como un acto profundamente misionero, capaz de renovar la esperanza personal y comunitaria, sembrando alegría y abriendo caminos para el desarrollo humano integral. "El voluntario, recordó, es signo vivo del Evangelio cuando sirve con entusiasmo, humildad y corazón disponible".

La Eucaristía: culmen del festejo

El Jubileo concluyó con la celebración de la Eucaristía, presidida por monseñor Ricardo Pulido, vicario episcopal para la Diaconía del Desarrollo Humano Integral, y concelebrada por el padre Danny Julián. En su homilía, el sacerdote expresó

un profundo agradecimiento por el compromiso de los voluntarios y su actitud de asumir "con valentía y alegría el servicio en la Iglesia de Bogotá". Reconoció la pluralidad de carismas presentes y los animó a continuar en la construcción diaria de una Iglesia que abraza, acompaña y da esperanza.

"Su servicio generoso es de vital importancia para la evangelización en la ciudad-región", aseguró.



Un signo de Iglesia viva

Este jubileo del voluntariado se convirtió en un signo concreto de fraternidad y reconocimiento para quienes, desde su amor y entrega desinteresada, sostienen silenciosamente gran parte de la acción evangelizadora y social de la Arquidiócesis. Fue un espacio para renovar fuerzas, profundizar en la misión y, sobre todo, festejar juntos la esperanza que mueve a la Iglesia a seguir sirviendo con entrega.

En esta celebración, el voluntariado arquidiocesano reafirmó su papel esencial en el desarrollo humano integral y en la vida pastoral. Una Iglesia en salida se construye gracias a ellos: hombres, mujeres, jóvenes y niños que creen que servir es el camino más auténtico para anunciar el Evangelio. F



Tiempo para sembrar esperanza, un trienio cargado de frutos

Por: Pbro. Daniel Arturo Delgado Guana, Vicario de Evangelización



Como en la parábola del trigo y la cizaña (Mt 13,24-30), la Iglesia experimenta con los hombres y mujeres de este tiempo la paradójica existencia del bien y del mal en el mundo y, fiel al mandato del Señor, hace suyos los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de todos pues, «Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón» (GS 1).

La situación actual del mundo está llena de desafíos: totalitarismos que se multiplican, crisis económicas, pandemias, guerras, posverdad... Un planeta enfermo y un mundo en peligro parecen opacar cualquier posible esperanza y da lugar a una sociedad soportada por el miedo y la incertidumbre sobre el futuro. Y aunque la esperanza cristiana está ahí, presente como respuesta esencial para los creyentes, permitiéndoles distanciarse de la mirada prevalente sobre la cizaña, es verdad que a menudo la Iglesia se llena de lamentos y quejumbres que permiten pensar que, en muchos, la fuerza de la resurrección de Jesucristo ha sido suplantada por nuevas realidades y la esperanza ha dado paso al desencanto propio de una fe sin promesa de salvación.

La esperanza cristiana, entre la fe y el amor que la dinamizan

«El cristiano no puede contentarse con tener esperanza; también debe irradiar esperanza, ser un sembrador de esperanza» enseñaba el papa Francisco. La Iglesia arquidiocesana de Bogotá, sí que ha sabido entender que la esperanza cristiana no es una ilusión optimista ni una expectativa basada en las capacidades humanas; sabe, como enseña el Catecismo de la Iglesia Católica, que la esperanza es «la virtud teologal por la cual aspiramos al Reino de los Cielos y a la vida eterna como nuestra felicidad, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo» (1817), y por lo mismo le ha apostado dentro de su Camino Discipular Misionero (CDM) a la rica tarea de sembrar esperanza.

Nos ha animado la certeza de que «...la esperanza no nos defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado» (Rom 5,5). Este amor es el dinamizador de la esperanza, que permite a los creyentes enfrentar la incertidumbre y el miedo que trae consigo el opacamiento de las promesas divinas. Así hemos trasegado el primer trienio del CDM

con la mirada puesta en la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo, principio y fundamento de nuestra esperanza. Necesario ha sido para ello detenernos para volver en una peregrinación espiritual a la fuente bautismal, lugar y experiencia de la vida teologal de todos los fieles, a menudo descuidada y hundida en el olvido propio de nuestros activismos.

Misioneros de esperanza desde el reencuentro con Cristo resucitado

Podríamos decir que este trienio en el que nos hemos ejercitado en la identificación de semillas de esperanza, en la salida misionera como sembradores de esperanza y en el festejo de la esperanza, ha sido un inagotable ejercicio de reencuentro con el Resucitado, núcleo de nuestra fe y de nuestra esperanza de discípulos misioneros.

Y es que, persuadidos por la certeza paulina de que la resurrección de Cristo garantiza nuestra propia resurrección y vida eterna (Cf 1 Co 15:50-57), hemos tenido claro que esta promesa transforma la manera como enfrentamos el sufrimiento y la muerte, y hemos recordado que las dificultades presentes son temporales en comparación con la gloria eterna que nos espera.

Pero la nuestra, no ha sido una experiencia pascual ausente de la vida de los pobladores de la ciudad y sus campos, pues sabemos que la esperanza cristiana no se agota en la esfera individual, sino que tiene un impacto directo en la vida comunitaria y en la práctica de la caridad.

Hay que ver cómo ha avanzado la fuerza del reino entre los más necesitados de nuestra ciudad. Una inocultable coherencia de esta Iglesia particular la hace una verdadera profecía del advenimiento del Reino. Ya san Juan Pablo II, en su encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*, había enseñado que «la esperanza y la solidaridad son virtudes esenciales para enfrentar las injusticias del mundo actual»; en nuestro caminar hemos avanzado y madurado en la gozosa certeza de que la esperanza no es pasiva, sino que se traduce en acciones concretas que buscan el bien común y la transformación social.

Y ahora el Espíritu nos impulsa en un nuevo momento «el tiempo para cultivar la fe». Buscamos ser fieles a su voz que nos apremia a la maduración de la esperanza, la fe y la caridad en todo el pueblo de Dios y en los habitantes de la ciudad-región, para alcanzar la medida de la plenitud de Cristo (cf Ef 4,13).



“...La esperanza cristiana está ahí, presente como respuesta esencial para los creyentes, permitiéndoles distanciarse de la mirada prevalente sobre la cizaña. (RM 5-5)

”



Isólogo 'Tiempo para Cultivar la fe'

(Descripción elaborada por: Vicaría de Evangelización).

Sintetiza, en un solo signo visual, el camino discipular al que somos llamados como Iglesia arquidiocesana. Cada uno de sus elementos expresa una dimensión esencial del proceso de maduración en la fe, entendido como un don que se recibe, se cuida y se hace crecer en la vida cotidiana.

■ La Cruz

Cristo, centro y fundamento de la fe

La Cruz ocupa el lugar central del isólogo para recordarnos que Jesucristo es el corazón del discipulado. En ella converge la revelación del amor del Padre y la entrega total del Hijo por la salvación del mundo. Su presencia en el centro indica que toda acción pastoral, toda comunidad y todo proceso formativo encuentra en Cristo su orientación y su sentido.

La Cruz no es solo símbolo de redención, sino también invitación permanente a configurar la vida con Él, a caminar en su seguimiento y a dejar que su Pascua transforme nuestra historia personal y comunitaria.



Iglesia en Bogotá discierne y celebra el paso de “sembrar la esperanza” a “cultivar la fe”



En el contexto del Año Santo de la Esperanza, el 22 de noviembre la Arquidiócesis de Bogotá celebró de manera simultánea sus Asambleas Vicariales, un encuentro de comunión, fraternidad y esperanza, en el que se reconocieron, festejaron y valoraron los frutos y desafíos que ha dejado el trienio “Para sembrar la esperanza” del Camino Discipular Misionero (CDM) y, como comunidad arquidiocesana, se dispusieron en mente, alma y corazón, con renovado impulso pastoral, a nivel personal y comunitario, para la vivencia de una nueva etapa: “Tiempo para cultivar la fe”.

Desarrolladas en distintos puntos de la ciudad –territorio inmenso y diverso que abarca 300 parroquias distribuidas en ocho vicarías episcopales territoriales– estas Asambleas congregaron a sacerdotes, diáconos, seminaristas, comunidades religiosas y laicos animadores de evangelización que, desde sus distintos carismas y vocaciones, escuchan y sirven en medio de las realidades sociales, culturales y espirituales de la ciudad-región.

VET La Inmaculada



VET San Pablo

Creatividad pastoral al servicio del discernimiento

Cada vicaría imprimió su propio sello a la jornada. Se vivieron momentos celebrativos en torno a la Palabra; espacios de adoración al Santísimo; animación musical a cargo de ministerios arquidiocesanos; y diversas iniciativas pedagógicas y creativas, como: conversatorios; puestas en escena y presentaciones teatrales; dinámicas participativas; contextualizaciones sobre el Camino Discipular Misionero; se presentaron, también, signos relacionados con el compromiso de cultivar y cuidar la fe. El envío misionero ratificó el compromiso de continuar caminando juntos.

De esta manera los asistentes reconocieron la riqueza del camino recorrido y renovaron su disposición para seguir respondiendo, con correspondabilidad, a las necesidades espirituales y pastorales de las comunidades.

La diversidad que enriquece la misión

Las Asambleas Vicariales se convirtieron en el espacio privilegiado para socializar los frutos de las recientes asambleas parroquiales; compartir desafíos; reconocer los pasos ya dados y proyectar los nuevos dentro de la acción pastoral y misionera, en clave sinodal, desde la comunión, participación y misión.

Los participantes volvieron la mirada al proceso vivido y, desde la oración, el discernimiento y la gratitud, celebraron juntos la vida de la Iglesia, los dones, carismas y servicios que enriquecen la misión evangelizadora.

Ahora, nos disponemos al “tiempo para cultivar la fe”, recordaron los vicarios episcopales, señalando que esta nueva etapa busca fortalecer la vida bautismal, consolidar procesos comunitarios y animar con esperanza la vida parroquial y vicarial.

“

Cada vicaría imprimió su propio sello a la jornada. Se vivieron momentos celebrativos en torno a la Palabra; espacios de adoración al Santísimo; y diversas iniciativas pedagógicas y creativas

”



VET Padre Misericordioso



VET San Pedro



VET San José



VET San José



VET San Pablo

Dentro de los testimonios de sacerdotes, religiosas, catequistas y jóvenes se destacan afirmaciones como:

“Este encuentro nos ha permitido reconocer cómo el Espíritu ha ido trabajando en nuestras comunidades...”

“La Asamblea fue un espacio de verdadera comunión (...) Me voy con la certeza de que Bogotá es tierra donde la esperanza sigue germinando”.

“Participar en esta experiencia me ayudó a ver que no estamos solos. Somos una Iglesia viva, que quiere seguir sirviendo y anunciando con alegría. El paso a ‘Cultivar la fe’ nos reta, pero también nos llena de entusiasmo”.

“Me impresionó la diversidad de carismas. Todos teníamos algo que aportar. Creo que Dios nos está invitando a confiar más y a ser audaces en la misión”.

Tiempo de gracia y esperanza para la Iglesia que peregrina en Bogotá

El momento central de la Asamblea se desarrolló en torno al paso de la etapa de “sembrar la esperanza” (con la escucha, los sueños y las búsquedas compartidas a nivel pastoral, social y comunitario) a la etapa de “cultivar la fe” (que implica mayor compromiso con la maduración de la vida cristiana y el fortalecimiento de comunidades vivas, misioneras y corresponsables).

Este tránsito dentro del CDM se asume como una respuesta al llamado a la conversión sinodal, que impulsa a la Iglesia a fortalecer su caminar en unidad, con mayor apertura a la participación y acción dentro de la misión evangelizadora en la compleja capital colombiana.

Conversación en el Espíritu: un discernimiento que une

La experiencia de discernimiento comunitario ‘conversación en el Espíritu’ permitió que las voces representativas de los distintos ámbitos eclesiales –parroquias, comunidades religiosas, movimientos apostólicos, equipos de pastoral y múltiples iniciativas laicales– pudieran encontrarse, escucharse, orientarse y proyectarse en la renovación y fortalecimiento de la misión.

La riqueza del diálogo, realizado en clima de oración, fraternidad y apertura, permitió que emergieran de forma natural los retos y las inspiraciones que el Espíritu suscita hoy para la Iglesia católica en Bogotá.

Un pueblo que agradece y renueva su compromiso

Al cierre de la jornada, los participantes expresaron gratitud, alegría y esperanza. En un ambiente de unidad, reiteraron su compromiso con el camino pastoral arquidiocesano y con la misión de fortalecer la fe personal, familiar y comunitaria.

Muchos destacaron que la Asamblea no solo les permitió reconocer lo que Dios ha obrado en medio de sus comunidades, sino también avivar la convicción de que la Iglesia de Bogotá seguirá caminando con paso firme, impulsada por el Espíritu, para que cada parroquia, movimiento y comunidad sea un espacio donde la esperanza se siembra, la fe se cultiva y la misión florece. ■

Padre Hernán Cimadevilla y Madrigal

*Por: Padre Santiago Janer,
Diócesis de Engativá



He combatido
el noble
combate, he
acabado la
carrera, he
conservado la
fe

(2 Tim 4, 7)

”

Cuando el padre Hernán Cimadevilla y Madrigal llegó a la parroquia San Juan de Ávila yo era apenas un adolescente que estaba descubriendo la vocación sacerdotal. Después de hacerle saber al padre Julio Sánchez, rector del Emilio Valenzuela y al padre Marco Fidel Murillo, capellán del mismo, me acerqué a la parroquia y hablé con él, manifestándole mi intención de entrar al Seminario Mayor de Bogotá, al terminar mi bachillerato. A partir de ese instante se desarrolló un proceso de acompañamiento y amistad, que fortalecieron mi idea y después mi decisión de entrar al Seminario. Siempre respetuoso y cercano, como buen psicólogo y sacerdote, iba generando confianza, cercanía y admiración, actitudes que permanecieron hasta los últimos días de su existencia.

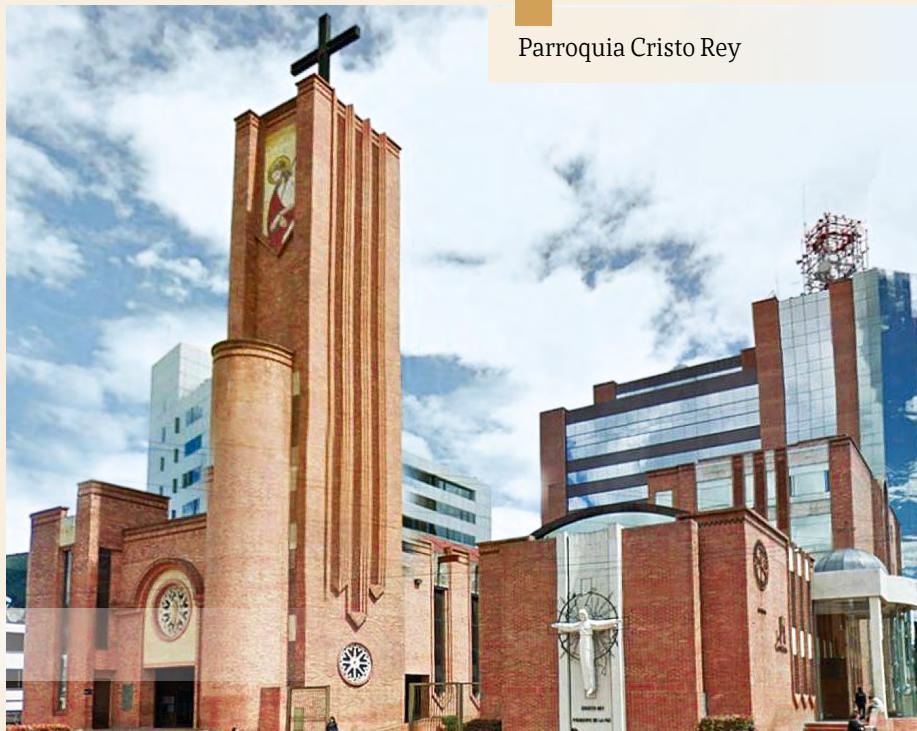
Para ese entonces no imaginaba el camino recorrido por él en su vida ministerial. Después de recibir la ordenación presbiteral el 29 de noviembre de 1969, de manos del entonces arzobispo Aníbal, cardenal, Muñoz Duque, fue enviado como vicario parroquial en la parroquia San Bernardino de Soacha. Posteriormente, fue nombrado en la parroquia El Buen Pastor donde permaneció desde 1971 hasta 1985, pastoreando las comunidades de los

barrios Meissen, Jerusalén, Candelaria, San Francisco, Lucero, Domingo Laín, Vista Hermosa, Tesoro, Minuto de María y las veredas de Mochuelo Alto y Bajo, Quiba y Pasquilla, haciendo equipo con las Hermanas Dominicas Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús, Vianney Link O.P, Regina Häufele O.P y Silvia Büchel O.P. Con ellas decide crear la Fundación Integración Social y Desarrollo Comunitario -FISDECO- el 14 de abril de 1975.

La parroquia El Buen Pastor se convirtió en lugar privilegiado donde varios sacerdotes fueron enviados a trabajar con el padre Hernán en dichos sectores necesitados de verdaderos pastores entregados y dedicados. Tuvo el acierto de crear varias parroquias que hoy siguen siendo signo de su dedicada labor pastoral.

Para el año 1985 fue nombrado primer párroco de San José de Calasanz, iniciando el proceso de configuración de esta comunidad. Y sin dejar de ser párroco allí, fue nombrado también párroco de San Juan de Ávila, sucediendo al padre Carlos Franco Garavito, donde continuó la labor de acompañar esta comunidad, motivando una pastoral que respondiera a las necesidades y retos de la situación de las familias y las personas de ese entonces, la mayoría

Parroquia Cristo Rey



de hogares conformados por jóvenes, que habían iniciado a habitar el Norte de Bogotá.

Acogió con generosidad a muchos sacerdotes nombrados como vicarios parroquiales, algunos de los cuales venían de diferentes partes del país para perfeccionar su formación académica. De igual manera, recibió con un cariño muy especial al padre Cándido López, como vicario parroquial. Era común ver que a la parroquia acudían bastantes seminaristas para recibir su apoyo, tanto espiritual como material. También acudían algunos sacerdotes jóvenes que, iniciado su vida ministerial, recurrían al padre Hernán para consultarle y recibir sus consejos para una adecuada vivencia del ministerio. Siempre insistía que el sacerdote debe ser santo y docto, pero más docto que santo. No fueron pocos los jóvenes que recibieron su apoyo para lograr culminar sus estudios profesionales, algunos de los cuales habían pasado por el Seminario, pero no habían continuado su formación hacia el ministerio presbiteral.

Al descubrir en poco tiempo que el templo parroquial original de San Juan de Ávila presentaba fallas estructurales graves y se hacía cada vez más estrecho para la cantidad de fieles que asistían a las celebraciones de entre semana y los domingos, inició las obras de construcción del actual templo parroquial, apoyado por el consejo económico y el profesionalismo del arquitecto Fernando Ruiz, quien diseñó la nueva iglesia parroquial contando con salas de velación

para el servicio funerario de la comunidad, iniciando así una pastoral del acompañamiento en el dolor por la pérdida de un ser querido.

Alguna vez me comentó que su intención, además del aspecto pastoral, era también generar un ingreso constante de recursos económicos para el sostenimiento de la pastoral y para la ayuda de parroquias nuevas erigidas en sectores menos favorecidos de la Arquidiócesis. Con verdadera visión adquirió dos casas con la intención de que en el futuro se construyera la casa cural con los servicios y espacios que requería la actividad pastoral, sueño que llevaría a cabo su sucesor, monseñor Daniel Ferreira Sampedro, con verdadero gusto y acierto.

Durante muchos años celebró la misa para niños, llegando a colmar el templo con bastantes familias jóvenes que encontraban allí un espacio adecuado donde sus hijos pequeños tuvieran un verdadero encuentro con Dios, curiosamente era la celebración que más adultos y adultos mayores congregaba el domingo.

Preocupado por el crecimiento de la ciudad hacia el Norte y viendo que entre la parroquia San Juan de Ávila y San Juan Bosco no existían más parroquias, se dedicó a buscar terrenos para construir capillas que se convertirían con el tiempo en nuevas parroquias, como San José Cafasso, Santa María Mazzarello, Santa María del Cedro, San Juan María Vianney, entre otras.

En agosto de 1998 Su Eminencia Pedro, cardenal, Rubiano Sáenz, arzobispo

de Bogotá, decidió trasladar al padre Hernán a la parroquia Cristo Rey, donde continuó la labor pastoral en medio de una comunidad fundada años atrás por el padre Raúl Méndez y posteriormente pastoreada durante bastantes años por monseñor Bernardo Oregua Lafourie y monseñor Guillermo Agudelo Giraldo.

Junto con el padre Cándido López y el padre Felipe Montes C.S.V., continuaron el proceso de acompañamiento pastoral de la comunidad que residía en el sector de Chicó Norte. Con el tiempo se vio la necesidad de construir un nuevo templo al descubrir que la estructura arquitectónica no resistiría mucho más en pie.

Gracias a la capacidad de gestión y visión del padre Hernán y al acompañamiento profesional del arquitecto Álvaro Luna Gómez, un gran equipo de profesionales y el nexo con Cooperfun -Los Olivos- iniciaron el ambicioso proyecto de construir una iglesia que pudiera albergar bastantes fieles; unas salas de velación hechas con gusto y elegancia; un generoso sector de cenizarios; y un edificio con salones de pastoral, despacho y apartamento cural donde pudieran vivir varios sacerdotes para atender pastoralmente a los fieles. De la misma manera que en San Juan de Ávila, la intención del padre Hernán fue la de atender espiritualmente las personas que pasaban por el dolor de la muerte de un familiar o de un amigo. También se preocupó por generar una pastoral de conjunto, desde las intuiciones del Sínodo Arquidiocesano y



“
Siempre insistía que el sacerdote debe ser santo y docto, pero más docto que santo
”



Parroquia San Juan de Ávila

el Plan Global de Pastoral. Siempre preocupado por una pastoral familiar, constituyó un equipo de matrimonios que acompañaban a las parejas que tenían la intención de contraer nupcias, a través de unos encuentros prematrimoniales. Además, instituyó la misa para niños, acogiendo bastantes familias que cada ocho días celebraban la fe en medio de un ambiente festivo y gozoso.

Seguía atendiendo a los sacerdotes que acudían a él y mantuvo su preocupación por los seminaristas de escasos recursos, apoyándolos espiritual y materialmente. Sabía muy bien que Cristo Rey, con sus generosos ingresos, sería una lugar que podría ayudar a otras parroquias en dificultad económica o que estuvieran iniciando su vida pastoral.

Así como fue un sacerdote ejemplar en su acción pastoral y su sensibilidad social, también fue un hombre de visión en lo administrativo. Siempre dado a ayudar a los menos favorecidos, comenzando por los seminaristas cuyas familias no podían costear sus estudios en el Seminario; hoy, muchos de los cuales son felices ministros del altar.

Pero el padre Hernán no solo se hizo conocer por sus grandes obras y su acción pastoral, también se hizo

famoso por su temperamento fuerte y duro, ya que se salía de casillas con facilidad. Pero también reconocía con humildad su error y sabía pedir perdón cuando se había tranquilizado. Con los años fue ganando en tranquilidad y sosiego. Por algunas situaciones tristemente vividas por él me enseñó que es importante también aprender a perdonar y disculpar el error y las ofensas de los demás, para no cargar con rencores y odios.

Al salir de Cristo Rey en el 2008, como sacerdote emérito, hasta el pasado 3 de octubre se dedicó a disfrutar su casa campestre en Cota, vivía tranquilo y muy feliz, en medio de una aparente soledad que disfrutaba, pero siempre acompañado, primero por sus hermanos menores, Margarita y Jaime, quienes se le adelantaron en partir de este mundo, y después cuidado por sus sobrinos Antonio Vega, su esposa Alejandra y sus hijas, y María Margarita Vega y su esposo, y los hijos de Jaime. Compartía con sus vecinas de conjunto todos los días en la celebración eucarística. Siempre tuvo muy cerca a su amigo y compañero de ordenación, monseñor Octavio Ruiz Arenas, a quien sentía como su hermano y admiraba profundamente. Amigo de muchos sacerdotes y obispos, terminó sus días sorprendido por la muerte que no se imaginaba le llegaba en ese momento. Se fue en la paz de Cristo después de darle la absolución y administrarle la unción de los enfermos.

Para el día de su ordenación el padre Hernán escogió la frase que San Pablo le dirigía a Timoteo: "He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe" (2 Tim 4,7), esta expresión le gustaba mucho y la repetía con frecuencia. Hoy, a casi un mes de su partida, adquiere mucho más sentido. Ahora solo le queda recibir la corona de salvación que el Señor, juez justo, le dará en aquel día (cf. 2 Tim 4,8). Descansa en paz querido Hernán. E



**¡270 MILLONES
DE GRACIAS!**

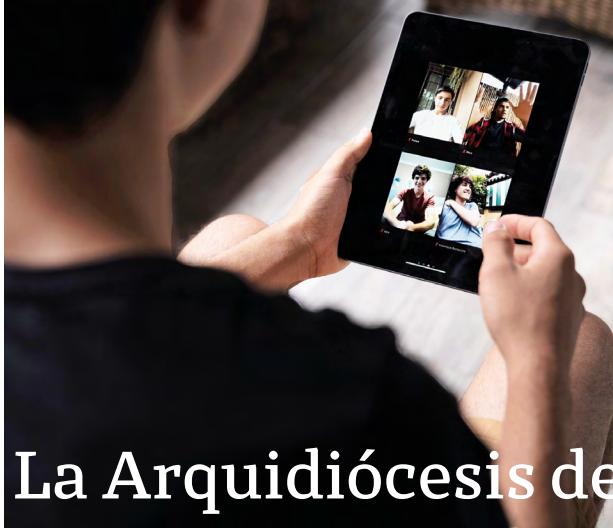


Gracias por demostrar que la **solidaridad no tiene fronteras**.

Gracias a las personas, familias, empresas, comunidades y aliados que se sumaron a nuestra Maratón solidaria: **tu fe se hizo acción y se convirtió en acompañamiento, formación y abrigo para las personas migrantes** que hoy buscan dignidad y nuevas oportunidades.

La maratón terminó, pero la **solidaridad sigue en marcha**.

Puedes seguir sumándote en www.famig.org o escribiéndonos al 313 832 6121



La Arquidiócesis de Bogotá y ALPHA se unen para fortalecer la evangelización juvenil

En el marco de su compromiso por fortalecer el acompañamiento a los jóvenes en su camino de fe y en el fortalecimiento de sus valores humano-cristianos, esta iglesia particular, a través de la Diaconía para la Esperanza, ha establecido una alianza con ALPHA, una reconocida herramienta pastoral internacional de evangelización presente en más de 160 países.

La articulación busca ofrecer nuevos espacios y lenguajes para que los adolescentes y jóvenes descubran el sentido de la fe en su cotidianidad y en medio de los desafíos del mundo actual.

“ALPHA se presenta como una herramienta pastoral complementaria que fortalece los procesos de evangelización ya existentes en nuestra Arquidiócesis, en coherencia con el Camino Discipular Misionero que seguimos”, explicó la hermana Magda Liliana Cruz Gómez, vicaria de la Diaconía de la Esperanza.

Una herramienta para anunciar a Cristo con nuevos lenguajes

La propuesta de ALPHA se basa en encuentros de escucha, diálogo y acompañamiento, en los que los jóvenes pueden hablar libremente sobre la fe, la vida, su propósito y sobre Dios, sin juicios ni presiones.

En un contexto donde algunos se sienten distantes o indiferentes frente a la Iglesia, este método genera un espacio cercano, relacional y profundamente humano.

“ALPHA nos aporta metodologías participativas, experienciales donde los jóvenes dialogan sobre la fe y se encuentran con una Iglesia que los ama y los necesita. Lo más interesante es cómo establece puentes con la cultura digital y urbana, usando recursos audiovisuales, música y dinámicas actuales”, añadió la religiosa.

Desde esta lógica, la herramienta no solo evangeliza, sino que también promueve el discernimiento vocacional y el sentido de pertenencia eclesial entre los jóvenes.

Evangelización que reconoce y responde a los signos de los tiempos

Alison Rodríguez, coordinadora de ALPHA para Colombia, destacó la pertinencia de la alianza con la Arquidiócesis de Bogotá y la renovación constante del material que ofrecen.

“El mundo evoluciona rápidamente y queremos que la evangelización evolucione también. Por eso presentamos una nueva serie audiovisual, ADOS, pensada especialmente para el lenguaje de los jóvenes: con inteligencia artificial, videojuegos, testimonios y edición contemporánea. Con esto queremos que los jóvenes escuchen hablar de Jesús en su propio idioma”, aseguró Rodríguez.

Un aliado para “el primer anuncio”

Tanto la Diaconía para la Esperanza como ALPHA coinciden en que esta propuesta no busca reemplazar procesos pastorales existentes, sino fortalecer el primer anuncio –ese encuentro inicial con el amor de Jesús–, que luego se inserta en la vida comunitaria y discipular de la Iglesia.

Sobre el acceso y aprovechamiento de este recurso, la representante de ALPHA para Colombia, recordó que la metodología es aplicable en contextos eclesiales; educativos; empresariales; comunitarios; incluso, en centros penitenciarios. 

Descargue gratuitamente el material en: www.pruebaalpha.org

Más información escaneando el QR



CONVERSACIONES

Cardenal Luis José Rueda Aparicio

El arzobispo de Bogotá, primado de Colombia, compartió con *Fraternidad* un balance sobre el caminar pastoral y evangelizador en esta Iglesia particular, al cierre del primer trienio del Camino Discipular Misionero. Frutos y proyecciones de una Iglesia arquidiocesana que se dispone a “Nutrir la fe en Jesucristo”.

Monseñor Rafael De Brigard (MRDB): señor cardenal, concluimos un año en la Iglesia muy intenso, de mucho movimiento en la Arquidiócesis. ¿Qué acontecimientos le llamaron especialmente la atención a lo largo de este año jubilar?

Cardenal Luis José Rueda Aparicio (CLJRA): Este año fue muy especial, el papa Francisco nos había convocado a este Jubileo, con el tema «Peregrinos de la esperanza», y eso marcó el año desde el comienzo.

Pero después, en febrero, se enfermó el papa Francisco, vino su muerte el Lunes de Pascua y eso sacudió la Iglesia universal y el ánimo de todos nosotros los cristianos católicos.

Vino el cónclave en el que el papa León es elegido. Fue voluntad del Padre y es el signo del Espíritu Santo. Realmente, cada vez que lo vemos actuando y enseñándonos decimos: “Él era el elegido desde la eternidad”.



MRDB: A propósito del jubileo, ¿cuál es su balance en la Arquidiócesis de Bogotá? Se evidenció gran participación en los templos jubilares y especialmente en la Catedral...

CLJRA: Hubo una gran propuesta que consistió en que un sábado al mes venían a la Catedral los arciprestazgos. Son 52 arciprestazgos territoriales, que cubren todos los pueblos de oriente y las demás parroquias que tenemos en la Arquidiócesis, 300. Venían los fieles laicos en peregrinación, y ese hecho de ponerse en camino junto con sus párocos, con sus pastores, hasta la Iglesia Madre que es la Catedral, fue un acontecimiento muy bello. Llegamos a tener la Catedral llena. Y desde las ocho de la mañana hasta las doce del día, un grupo grande de sacerdotes —50, 60 presbíteros—, con nosotros los obispos, confesando; ese signo de la reconciliación es bellísimo y tiene que ver con el jubileo, con la indulgencia, con la misericordia de Dios. Además, una catequesis sobre la esperanza que uno de los hermanos obispos auxiliares ofreció permanentemente en la Catedral, y luego la celebración eucarística muy festiva recibiendo la indulgencia plenaria.

MRDB: ¿Cómo percibe los signos de esperanza que dio la Arquidiócesis en este año jubilar a una sociedad tan necesitada de esperanza?

CLJRA: Hubo un anuncio constante, permanente, de esta virtud teologal, y se convirtió en algo propio de nosotros los bautizados, de los cristianos católicos, ofreciéndola a la ciudadanía, a todos, incluso

a los que no creen, porque también ellos necesitan razones para confiar, razones para soñar en un horizonte social distinto.

Creo que fuimos capaces de encontrar la esperanza en la persona de Jesús de Nazaret; en la Palabra revelada, en los sacramentos, en la predicación de todos los días, es decir, en el testimonio de vida de los cristianos. El Señor nos ha ofrecido durante estos tres años y en este Jubileo de la Esperanza una gracia para renovar esta virtud, que nos hace ver más allá de los acontecimientos negativos y concretos de cada día y tener un horizonte en Dios.

MRDB: A través de la pastoral social, del desarrollo humano integral que nos propone la Iglesia, ha habido acciones muy importantes a nivel del Banco de Alimentos, de los migrantes, de todas estas obras... ¿Cuáles son los signos que su eminencia descubre que se están haciendo en ese nivel en la Arquidiócesis?

CLJRA: Usted está tocando un tema muy importante y es la manera como el rostro solidario de la Iglesia se hace presente en medio de las distintas y múltiples formas de pobreza que hay en la ciudad. Porque no hablamos solamente de la pobreza económica, que es notoria y debe ser atendida, sino de todas las clases de pobreza existenciales: la soledad. Usted ha insistido mucho en su vicaría y en su servicio evangelizador que nadie esté solo, especialmente los adultos mayores. Y esa es una pobreza que ha sido atendida por la Arquidiócesis de Bogotá, con voluntarios, con personas que, movidas por la fe, van a acompañar, y eso es un signo de esperanza. Sin duda, el Banco de Alimentos, fundado por el cardenal Pedro Rubiano, liderado por el padre Daniel Saldarriaga y su equipo de trabajo, ha hecho realmente una presencia esperanzadora no solamente en Bogotá, sino desde Bogotá. Es un banco que está en salida misionera a los distintos territorios a nivel arquidiocesano y nacional.

Pero además, el Desarrollo Humano Integral, liderado por monseñor Ricardo

Pulido y todo su equipo de trabajo, ha logrado hacer presencia en medio de migrantes, en medio de habitantes de calle, de personas que están sometidas a la drogadicción, en estado de vulnerabilidad, y con ellos la Iglesia, como un signo de esperanza silencioso, viene acompañando.

También hay algo muy hermoso en la Arquidiócesis, las Líneas Blancas que representan la presencia de sacerdotes, capellanes, diáconos, religiosos y religiosas, y de laicos en hospitales y clínicas. Además, el énfasis de la Fundación de Atención al Migrante (FAMIG) se ha convertido en una posibilidad de vida con dignidad para muchas personas que vienen a Bogotá provenientes de Venezuela a causa de la situación que está viviendo el país vecino, pero también de distintos territorios del país azotados por el conflicto armado.

MRDB: Señor cardenal, únicamente lo he escuchado hablar mucho de la calle, ¿qué es lo que debemos percibir, sentir de la calle de nuestra ciudad, de nuestros pueblos de oriente?

CLJRA: Yo creo que la calle se convirtió en un escenario existencial, humano, antropológico, cultural, espiritual, ¡es integral! Uno en la calle encuentra a los niños y jóvenes que van hacia su colegio, a la universidad. Pero encuentra también a la persona que está ganándose la vida en la informalidad. Encuentra que los sufrimientos, los afanes de la gente, van por la calle; a través de la calle transita la vida. Entonces, estamos diciendo que allí debemos encontrarnos unos a otros, porque en la calle transita Dios y quiere que nosotros transitemos en su nombre.

MRDB: Se concluye este ciclo de trabajo sobre la esperanza, sin que se abandone, claramente, y entramos en la etapa de cultivar la fe. ¿En qué consiste esta propuesta para los próximos tres años en la Arquidiócesis?

CLJRA: En la Arquidiócesis de Bogotá, desde hace tres años, hemos tomado una ruta que está marcada por las tres virtudes teologales: esperanza, fe y caridad.



Y a cada una se le ha dado tres años para vivirla a nivel pastoral. Iniciamos con la virtud de la esperanza, coincidiendo el cierre de esta etapa con el Jubileo de la Esperanza 2025. Ahora, el papa León nos ha ofrecido un texto bellísimo, que se convierte en magisterio del Santo Padre a favor de este caminar en la Arquidiócesis, que es la unidad en la fe. Y queremos dedicar tres años a profundizar lo que es nuestra fe, que no es una cuestión intelectual; es un encuentro con Jesús de Nazaret, el Verbo Encarnado.

Vamos a dedicar este tiempo también a vivir la fe, que es acogida como un don; una fe que es asumida como una virtud, pero además una fe que es transmitida, acompañada, profundizada con todas las comunidades. Porque la fe siendo un acto humano personal, es, además, un acto comunitario; por eso la Iglesia camina en la fe, camina en la esperanza, y practica el amor concreto con el que lo necesita.

MRDB: Para este efecto, su eminencia habló en el reciente encuentro del clero de Bogotá de dos actores importantísimos en esto: los sacerdotes que sean catequistas y ese inmenso grupo de catequistas que se han formado en la Arquidiócesis, ¿cómo los ve en esa proyección que se tiene?

CLJRA: Quiero iniciar con una referencia a la Escuela Parroquial de Catequesis (ESPAC) que, desde la Arquidiócesis de Bogotá, hace varias décadas, se ha convertido en un instrumento para formar a catequistas de la Arquidiócesis y de todo el país (...) Y creo que el Camino Discipular Misionero en este trienio de la fe va encontrar, a través del catequista una figura, un ministerio, un servicio... Y el primer catequista debe ser el sacerdote. Yo vivo agradecido con los hermanos sacerdotes, yo sé que ellos en los pueblos de oriente y en cada uno de los barrios de este territorio están como sembradores de fe, de esperanza y de servicio misionero.

Y los invito a ser catequistas gozosos y permanentes. Porque la catequesis es hacer eco de lo que es el amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en nuestra vida; y la ciudad necesita hombres y

mujeres que hagan eco de la presencia de Dios.

Pero también agradezco, felicito e invito a todos los catequistas para que sigamos formándonos y para que sigamos realizando generosamente nuestra misión.

MRDB: En el encuentro del clero, también insistió en dos aspectos: en el llamado a crecer en la oración en la Arquidiócesis, y en la cercanía a la Palabra con la *Lectio Divina*...

CLJRA: Estos dos elementos son pilares. Nosotros, los cristianos, debemos ser siempre hombres y mujeres alimentados, iluminados y guiados por la Palabra revelada, porque la biblia es para nosotros esa carta abierta de Dios, ayudándonos a entender el presente y a caminar en las realidades concretas de la vida... En la Sagrada Escritura encontramos el Dios en diálogo con nosotros.

(...) Segundo, la oración es fundamental, necesitamos quietud ante el ritmo frenético del mundo. Necesitamos ser cristianos católicos orantes, contemplativos, silenciosos, en la cotidianidad, en cada espacio que habitamos. Y esto es para todas las edades. El papa san Juan Pablo II, de feliz memoria, hablaba que nuestras comunidades cristianas católicas, deben ser verdaderas escuelas de oración. Tenemos los salmos, la Liturgia de las Horas, el Santo Rosario, la Hora Santa..., pero es muy importante que intensifiquemos nuestra profundidad orante, para que podamos ser, con la Palabra de Dios y con la oración, una Iglesia decididamente en salida misionera.

MRDB: Señor cardenal, en su ministerio sabemos que diariamente recorre la ciudad, realizando visitas pastorales, ¿cómo percibe que están las parroquias, los sacerdotes, las comunidades parroquiales, en términos generales?

CLJRA: Inicio con aspectos de menor a mayor relevancia, pero que son signos importantes: Un signo externo es que hay más de 15 parroquias en construcción, ¿qué significa esto? Que la Iglesia quiere estar allí, con las familias, con las comu-

nidades, insertándose, acompañando en los territorios.

De otra parte, constato con inmensa alegría la presencia de gran cantidad de laicos anhelantes de formarse en la ESPAC; en la ESAE; en la escuela de líderes católicos de la Arquidiócesis, donde se forman jóvenes, hombres y mujeres, que van a ejercer un liderazgo social, político y económico dentro del entramado de nuestra ciudad y país.

Además, veo que los laicos en las parroquias están anhelantes de participación y de misión. Me llena de esperanza que en varios barrios de la ciudad hay niños y jóvenes que están encontrando el camino del Señor, centrados en la eucaristía, en la oración, y desde distintos carismas. A ellos les he dicho que debemos lanzarnos a la misión, porque la adoración y el encuentro con el Señor debe ser comunicado; y si lo jóvenes se hacen servidores de esa misión van a sembrar muchas semillas del Reino.

Finalmente, quiero hablar de los sacerdotes de esta Arquidiócesis, de nuestra vocación, que es un misterio porque somos llamados por la misericordia del Señor. Hay sacerdotes que tienen más de 50 años de ordenados y uno los ve perseverantes y llenos de gozo, con deseo de continuar sirviendo. A los sacerdotes jóvenes, los que están llegando al ministerio, uno los ve comprometidos... Siempre nos faltará como seres humanos y ministros de la Iglesia.

MRDB: Eminencia, muchas gracias, quedamos con una sensación muy bonita de la Arquidiócesis, una Iglesia activa, que está evangelizando.

CLJRA: Muchas gracias por esta posibilidad de diálogo. Quiero bendecirlos, desearles que la Navidad y el fin de año sean realmente un momento para fortalecernos en la fe y en el encuentro familiar.. Les deseo en el año 2026, discernimiento, alegría, salud y mucha fraternidad. 

Encuentro Arquidiocesano de Organismos de Participación Sinodal

Bajo el lema “celebramos la alegría de ser pueblo de Dios”, más de mil participantes, entre sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos pertenecientes a los diferentes organismos de participación de la Arquidiócesis de Bogotá, como: el Consejo Episcopal, Consejo Presbiteral, Consejos Vicariales, Consejo de Asuntos Económicos, Consejo Pastoral Arquidiocesano, EPEM, COPAE, vida consagrada y vida laical, renovaron su compromiso con la misión evangelizadora de la Iglesia y con el llamado a fortalecer la comunión eclesial.

El 4 de octubre, en el coliseo de la parroquia Santa Isabel de Hungría, la jornada inició con un momento de adoración eucarística dirigido por monseñor Daniel Delgado, vicario de Evangelización, en el que se oró por cada organismo presente.

La primera parte del momento formativo estuvo a cargo de la hermana Magda Liliana Cruz, vicaria de la Diaconía para la Esperanza, quien invitó a redescubrir la alegría de ser pueblo de Dios.

Seguidamente, los asistentes escucharon un mensaje en video de monseñor Germán Humberto Barbosa Mora, obispo auxiliar de Bogotá, quien profundizó en las tres claves de la sinodalidad: comunión, participación y misión.

“Dios ha querido salvarnos no de manera individual, sino en comunidad”, recordó monseñor Barbosa, subrayando que el fundamento de la sinodalidad es el bautismo, que nos introduce en la vida divina y nos llama a vivir relaciones nuevas, auténticas y humanizantes.



En su reflexión, monseñor comparó la Iglesia con el mar, símbolo de profundidad y unidad: “Cada ola es expresión de cada uno de nosotros, con su propio ritmo, pero todos pertenecemos al mismo cuerpo que es la Iglesia. Una ola cuando se aísla se disuelve”, precisó, invitando a los organismos eclesiales a ampliar los espacios de participación e inclusión.

“Estamos llamados a extender la participación al mayor número de personas posible –jóvenes, pobres, personas con discapacidad y miembros de otras comunidades religiosas–, para garantizar la transparencia y la escucha en los procesos de discernimiento”.

Finalmente, resaltó que la misión es la expresión concreta de una Iglesia sinodal en salida: “La Iglesia no existe para sí misma, sino para dar vida. Somos como un bosque que, enraizado en Cristo y alimentado por los sacramentos, da oxígeno y esperanza al mundo”.

La jornada fue acompañada por el ministerio musical ‘Tierra Fértil’. Los participantes también disfrutaron de una muestra cultural de danza a cargo del Colegio Tecnológico del Sur.

El encuentro concluyó con la bendición y el envío misionero por parte del cardenal Luis José Rueda Aparicio, quien exhortó a los asistentes a seguir construyendo una Iglesia participativa, sinodal y en salida. ■



Una comunidad parroquial que se reconoce como familia de fe

Ubicada al norte de Bogotá, en territorio de la Vicaría Episcopal Territorial Padre Misericordioso, esta parroquia sigue consolidándose como un espacio de encuentro, fe y servicio.

Fue erigida canónicamente en el 2018, y durante este Año Santo se prepara, con gratitud y esperanza, para celebrar el séptimo aniversario de su creación.

El padre Víctor Hugo Claros Ocampo, su actual párroco, afirmó que la comunidad ha alcanzado una identidad propia, con vida pastoral activa y sentido de pertenencia: “La parroquia ahora está mucho más organizada, ya tiene su templo, despacho parroquial y los servicios que ofrecemos a la gente. En estos siete años se ha formado una comunidad que se reconoce como familia de fe”.

La parroquia, ubicada en el sector conocido como La Mariposa, abarca los barrios Santa Cecilia alta y baja, con población diversa y de gran espíritu comunitario. “Es una comunidad sencilla, acogedora, compuesta en su mayoría por familias venidas del campo, que han construido aquí su hogar y su camino de fe”, explicó el padre Claros.

Caminar pastoral y de servicio

Entre los grupos parroquiales destacan las ministras extraordinarias de la Eucaristía, proclamadores, catequistas, la Legión de María, la Pastoral Social y los equipos de EPEM y COPAE, que fortalecen la vida comunitaria y el compromiso con la evangelización.

Dentro de los desafíos pastorales del territorio el párroco destaca, especialmente, la atención a niños y jóvenes en situación de vulnerabilidad y a familias migrantes.

“Hay mucha niñez y juventud que necesita guía, acompañamiento y valores cristianos. Es un gran reto para la pastoral de nuestra parroquia”, señaló.



Una comunidad viva y acogedora
El padre Víctor Hugo se mostró agradecido por el acompañamiento de la VET Padre Misericordioso y por el cariño de su comunidad:

“Me he sentido muy acogido, con los brazos abiertos. Saber que la Vicaría está siempre atenta a nuestras necesidades me da tranquilidad y fortaleza”.



Obras que nacen de la fe y la solidaridad

Con el apoyo de la comunidad y de la vicaría, la parroquia adelanta la construcción de un nuevo oratorio, pensado como un espacio de oración accesible a todos, incluso desde la calle. “Queremos que cualquiera pueda detenerse un momento y tener una sintonía íntima con Jesús sacramentado”, afirmó el padre Víctor Hugo.

Estas obras se financian gracias a las donaciones, rifas y actividades comunitarias, además de aportes institucionales. Recientemente, se culminó una obra en la capilla de la mitad de la loma, con un presupuesto cercano a los 40 millones de pesos, en buena parte apoyado por la Arquidiócesis y la VET.

Finalmente, envió un mensaje a los feligreses: “Esta es la casa de todos. Las puertas están abiertas para escucharlos, acompañarlos y compartir la fe. Aquí siempre serán bienvenidos”.



Signo jubilar de misericordia Más de 21 mil kits de aseo para población privada de la libertad

Gracias a la solidaridad de cientos de personas en la capital colombiana, la Arquidiócesis de Bogotá superó la meta establecida para la Campaña de Kits de Aseo 2025, entregando un mensaje concreto de esperanza y dignidad a miles de personas privadas de la libertad.

Durante septiembre y la primera semana de octubre, coincidiendo con la Fiesta de la Virgen de las Mercedes, patrona de los privados de libertad, y con el mes de las misiones, se entregaron 21 mil 500 kits de aseo en distintos centros penitenciarios de Bogotá y Cundinamarca, Unidades de Reacción Inmediata (URI) y estaciones de policía.

“El abrazo fraternal de una comunidad que no olvida”

Bajo el lema ‘Testigos de la esperanza’, esta campaña fue liderada por la Diaconía para el Desarrollo Humano Integral de la Arquidiócesis de Bogotá, desde la coordinación de Pastoral Penitenciaria en alianza con el Banco de Alimentos de Bogotá.

La logística, cuidadosamente organizada, permitió que cada kit llegara directamente a las manos de las personas privadas de la libertad a través de los capellanes, diáconos, animadores y servidores de la pastoral penitenciaria, quienes recorrieron patios y pabellones con la certeza de que “más que objetos, cada kit representa el abrazo fraternal de una comunidad que no olvida ni margina, sino que se acerca con empatía, respeto y amor al otro”.



Detrás de cada kit, un signo de solidaridad humana y cristiana

Cada uno de los kits incluyó elementos esenciales para la higiene personal, junto con una tarjeta de oración, símbolo del acompañamiento espiritual que la Iglesia brinda a quienes viven este difícil momento en su vida.

Los aportes provinieron de fieles, comunidades parroquiales, colegios del SEAB (Sistema Educativo de la Arquidiócesis de Bogotá), congregaciones religiosas y aliados estratégicos, que se unieron a esta expresión de misericordia.



“
Arquidiócesis llevó esperanza y cuidado a las cárceles de Bogotá y Cundinamarca
”



Continuar siendo testigos y sembradores de esperanza

La Arquidiócesis de Bogotá invita a toda la comunidad a mantener viva esta obra de esperanza, que se ha consolidado como un testimonio de Iglesia en salida, capaz de tender puentes y humanizar las periferias existenciales.

“Ser testigos de la esperanza es mirar al otro con los ojos de Cristo, recordaron desde la Diaconía para el Desarrollo Humano Integral. Es creer que, incluso tras los barrotes, florece la dignidad y la posibilidad de una vida nueva”.

Acción de fe y fraternidad, que reafirma el compromiso con la dignidad humana

“Como un signo de esperanza, muestra de fraternidad humana, y símbolo de reconciliación, que contribuye al desarrollo humano integral”, fue descrito el fruto de esta campaña que, en el marco del Año Jubilar y del Camino Discipular Misionero, reafirmó el compromiso de la Iglesia bogotana con las realidades más vulnerables.

El éxito de la campaña no se mide solo en cifras, sino en los rostros agradecidos de quienes recibieron estos signos de cercanía y cuidado. Cada kit se convirtió en un recordatorio silencioso de que la misericordia y la solidaridad pueden atravesar los muros más altos.



Caridad que se multiplica

Gracias a esta red de solidaridad, se logró superar la meta establecida, ampliando el alcance de la campaña y entregando los kits en los siguientes centros:

Cárcel Modelo: **4.600 kits**

Cárcel La Picota: **9.500 kits**

Cárcel Distrital: **1.380 kits**

Reclusorio femenino El Buen Pastor: **1.800 kits**

URIs y estaciones de Policía: **1.200 kits**

Centro Penitenciario y Carcelario de Cáqueza: **200 kits**

Fundación Caminos de Libertad (institución arquidiocesana que acoge a población privada de la libertad, pospenados y sus familias, desde el acompañamiento espiritual, social, médico y solidario): **2.820 kits**.

Estos se disponen como stock durante el año, también para las brigadas a nivel nacional que se realizan desde la Fundación o para ser entregados durante las visitas pastorales del cardenal Luis José Rueda Aparicio, arzobispo de Bogotá, a otros centros penitenciarios. **E**



Tadeo Albarracín • Presbítero • Doctor en Liturgia

Por eso es por lo que uno pierde la fe

En más de una ocasión cada uno de nosotros ha escuchado esta sentencia de alguien contrariado ante la estrechez de un horario de atención, quizás desanimado por lo engoroso de algún trámite burocrático en la oficina parroquial, tal vez al conocerse dudas sobre el comportamiento moral de un miembro del clero.

Al igual que los primeros compañeros del Señor, estamos dados a pensar que la fe es algo que uno tiene y, por lo tanto, que se puede dejar por ahí o también algo que se puede incrementar.

Respondiendo precisamente a la petición de los discípulos «Auméntanos la fe», el Maestro se refiere más que a la cantidad, a la calidad: una fe así, aunque fuera pequeña como un granito de mostaza, sería suficiente para vencer todo obstáculo, como una planta de morera que se atraviesa en el camino. La fe es un don que Dios concede a todo ser humano, aunque por situaciones personales o del contexto se puede dar el caso de que para alguno le sea difícil llegar a ser consciente de este don. La fe no es algo que se tiene, la fe es un don que permanentemente se está recibiendo de Dios y como todo lo que nos es dado hay que recibirla con agradecimiento, esto es, hacernos responsables del mismo don.

En la controversia sobre el pan que Dios envía desde el cielo, Jesús dice que nadie puede creer en Él si no es porque el Padre del cielo lo atrae hacia Jesús mismo; ante el interés mostrado por los judíos acerca de trabajar en las obras de Dios –los mandamientos recibidos por medio de Moisés– Jesús les dice que la obra de Dios –en singular– es que crean en el que Él ha enviado. San Agustín comentando esta frase explica que, aunque el relato del Génesis diga que Dios descansó el séptimo día de toda obra, el Padre (actualmente) trabaja para conducir a cada ser humano hasta Jesús y hacerlo discípulo; para ‘cristificarlo’ diría san Pablo. Porque el Padre nos atrae hacia Jesús es por eso que podemos llegar a ser sus discípulos.

Los miembros del *Consilium* encargados por Pablo VI para llevar a cabo la restauración del catecumenado que determinó el Vaticano II vieron la necesidad de una etapa anterior al rito de ingreso: el tiempo del pre-catecumenado.

El Ritual de iniciación cristiana de adultos establece que en el tiempo del pre-catecumenado los catequistas exponen el Evangelio a fin de que los candidatos respondan al llamado a la conversión, pero esta respuesta implica la acción del Espíritu en cada candidato y el ejercicio de la libertad personal: «De la evangelización, llevada a cabo con el auxilio de Dios, brotan la fe y la conversión inicial, con las que cada uno se

siente arrancar del pecado e inclinado al misterio del amor divino» (RICA, 10).

Sin embargo, hay casos particulares en los que es necesario principiar el servicio de la evangelización por una labor de humanización para propiciar la toma de conciencia de la propia dignidad humana del candidato: casos de personas maltratadas, violentadas o en un enajenamiento que impide a algunos reconocer la trascendencia de la existencia humana.

La diferencia que plantea M. Heidegger entre ser y existir. En casos cada vez más frecuentes se hace necesario principiar el anuncio del Evangelio llevando a las personas al reconocimiento de su dignidad, de manera similar a como Jesús de acercó al endemoniado, a la suegra de Pedro, al leproso, a la meretriz para encender en ellos el amor de Dios.

Cuando ocurre esta iluminación lo primero que descubre la persona es su propia dignidad y la capacidad de responder al amor de Dios. Algunos lo llaman ‘milagro’, pero hay que ver algo más profundo: la recuperación del ser humano. En el descubrimiento de esta íntima proximidad del amor de Dios comienza la vida cristiana, esto es lo que pudiéramos llamar fe inicial, y es lo que constituye el insumo necesario para la iniciación cristiana, que a su vez es el proceso de la conversión inicial.

Los teólogos llegan a proponer una diferencia entre la fe-esperanza (creer lo que no se ve porque Dios lo ha revelado) y la fe de orden intelectual (para reconocer la acción de Dios en la historia personal y comunitaria).

Por esta segunda el don de la fe habilita a la persona para acoger la revelación en la propia historia personal; ello lleva a considerar la revelación, más que como doctrinas sobre hechos o relaciones que siempre permanecen inalterables, como el anuncio y la realización de la salvación. Por el don de esta fe cada persona se sitúa entre la libertad de Dios y la propia libertad.

Es necesario asumir la preparación del receptáculo para acoger este don, sin la acogida consciente del don de la fe no puede haber vida cristiana y por lo tanto ninguna acción pastoral fecunda.

Si la crisis actual que atraviesa la fe cristiana como pastores nos lleva a plantearnos el tema de Dios desde la libertad y la capacidad discursiva del hombre estaremos recogiendo el primer fruto realmente útil de esta crisis. Pero no podemos dejar de lado la situación de nuestra cultura con su desconfianza del logos y cierta desidia frente a lo que implique el ejercicio de la libertad. Reconocemos que la Iglesia está en el mundo, pero no es del mundo. F

Pastoral Étnica en Bogotá: Una semilla de esperanza en clave sinodal

Por: Coordinación Arquidiocesana de Diálogo con las Etnias



La valoración de los contextos, culturas y diversidades, y de las relaciones entre ellos, es clave para crecer como Iglesia sinodal misionera y caminar, bajo el impulso del Espíritu Santo, hacia la unidad visible de los cristianos.

(Documento final del sínodo, n.º 40)



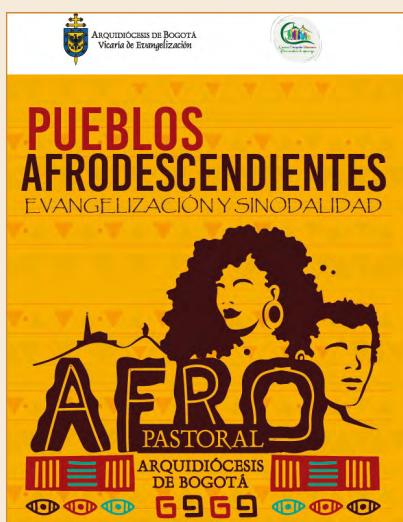
En el contexto actual de Bogotá, una ciudad diversa y multicultural, se hace fundamental reconocer y valorar la presencia de pueblos afrodescendientes e indígenas. Estas comunidades, conformadas por una variedad de rostros y familias provenientes de distintas regiones del país, son portadoras de una rica herencia cultural, espiritual y social; al mismo tiempo, enfrentan con frecuencia desafíos relacionados con la discriminación, el desplazamiento y la invisibilización de sus saberes y tradiciones.

Ante esta realidad, resuena con mayor fuerza el llamado eclesiástico a fortalecer los espacios de acompañamiento y cercanía que permitan hacer presente el Evangelio en la pluralidad de situaciones que viven los integrantes de estas comunidades. De ahí la importancia de una pastoral diferencial que, al valorar su riqueza cultural y social y promover el desarrollo

integral de los pueblos originarios, exprese auténticamente la cercanía de la Iglesia con esta querida porción del Pueblo de Dios.

La inculturación de la fe, como camino esencial de evangelización, invita a acoger y valorar los símbolos, lenguajes, expresiones y cosmovisiones de cada pueblo, reconociendo en ellos la acción del Espíritu Santo. De este modo, la Iglesia no solo anuncia el Evangelio, sino que también se deja interpelar por las culturas, construyendo puentes que hacen visible el rostro plural y cercano de Cristo. Este proceso —que, en palabras del papa Francisco, implica “crear espacios donde se valoren los dones de cada cultura” (Querida Amazonía, 70)— enriquece a toda la Iglesia y posibilita un verdadero diálogo intercultural.

En este horizonte, la Coordinación Arquidiocesana de Diálogo con las Etnias, fruto de un camino de reflexión y discernimiento, ha compartido con la comunidad arquidiocesana un primer insumo que, sin pretender agotar la reflexión, presenta algunas propuestas para la conversión de las relaciones y del diálogo con los pueblos afrodescendientes presentes en la ciudad (pueblos negros, afrodescendientes, raizales y palenqueros). Estas orientaciones buscan consolidar una pastoral con rostro inculturado y dar continuidad al trabajo que la coordinación ha desarrollado en los últimos años. 



Con este aporte, la Coordinación invita a que, más allá del plano reflexivo, cada integrante de la Iglesia en Bogotá—sin distinción de su estado de vida—se anime a ser protagonista de esta experiencia pastoral. Se trata de prolongar los brazos de la Iglesia, abrazando la riqueza cultural, aprendiendo de los pueblos originarios y ancestrales, reconociendo en cada uno de ellos las “semillas del Verbo” que el Espíritu hace germinar.

Puede acceder al documento escaneando el código QR.

Informes: espiritualidadesinodal@arquibogota.org.co
o al WhatsApp: 3156484181



El corazón de Dios y el grito de los pobres

Un análisis teológico-pastoral de la exhortación apostólica *“Dilexi Te”* (Te he amado) del papa León XIV, con una mirada sinodal para nuestros pueblos latinoamericanos

Jorge Castro Gómez • Presbítero • C.Ss.R

Abstract

El documento «el grito de los pobres» presenta un análisis teológico-pastoral de la exhortación apostólica *Dilexi te* del papa León XIV, en la cual se revela la inseparable unión entre el amor a Cristo y el amor a los pobres como núcleo del Evangelio. Desde una mirada sinodal y latinoamericana, el texto propone una reflexión en cuatro dimensiones: el fundamento teológico que identifica a Cristo en los necesitados; la aplicación pastoral en el contexto colombiano; el aporte moral de san Alfonso María de Ligorio, que une misericordia y justicia; y la sinodalidad como camino eclesial para caminar junto a los pobres. En su conjunto, el documento invita a una conversión personal y comunitaria que transforme a la Iglesia en signo del amor misericordioso de Dios que escucha, acoge y sirve el clamor de los pobres.

Introducción

La Exhortación Apostólica *Dilexi te* del Santo Padre León XIV se establece como un documento magisterial de una claridad y urgencia proféticas. Lejos de ser un mero compendio de doctrina social, la Exhortación es una profunda meditación sobre el corazón mismo del Evangelio: la inseparable unión entre el amor a Cristo y el amor a los pobres. El Santo Padre nos convoca a una conversión de la mirada, a reconocer que la indiferencia ante el sufrimiento humano no es una simple falla social o política, sino un pecado que nos aleja del corazón de Dios.

«...Por eso, escuchando el grito del pobre, estamos llamados a identificarnos con el corazón de Dios, que es premuroso con las necesidades de sus hijos y especialmente de los más necesitados. Permaneciendo, por el contrario, indiferentes a este grito, el pobre apelaría al Señor contra nosotros y seríamos culpables de un pecado (cf. Dt 15,9), alejándonos del corazón mismo de Dios».¹

El documento articula una verdad fundamental: el camino hacia la santidad y la renovación de la Iglesia pasa, ineludiblemente, por escuchar y responder al «grito de los pobres».²

Este análisis se propone desentrañar la riqueza de *Dilexi te* a través de cuatro dimensiones interconectadas. Primero, exploraremos el núcleo teológico de la Exhortación: la presencia real y perenne de Cristo en los más necesitados. Segundo, analizaremos este llamado universal sobre el amor a los pobres en diálogo con la voz profética de la Conferencia Episcopal Colombiana (CEC), que da un



rostro concreto al sufrimiento. Tercero, buscaremos las raíces desde el ámbito moral de la caridad en la sabiduría misionera teológica de San Alfonso María de Ligorio, pionero de la Misericordia desde su carisma fundacional. Finalmente, en esta misma perspectiva, propondremos el tema de la sinodalidad como método eclesial indispensable para encarnar hoy el mandato de *Dilexi te*, asegurando que la Iglesia no solo trabaje para los pobres, sino que camine con ellos.

I. El núcleo teológico de *Dilexi te*: «Cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (Mt. 25,40)

El eje central de la Exhortación es una cristología encarnada que se niega a separar la fe de las obras. El papa León XIV nos recuerda que la opción preferencial por los pobres no es una opción ideológica o política, sino una exigencia teológica que brota de la fe en Jesucristo.³ El documento se articula sobre tres pilares bíblicos fundamentales:

1. La identificación de Cristo con los pobres: La Exhortación insiste en que Jesús se identifica «con los más pequeños de la sociedad» y que en su amor «muestra la dignidad de cada ser humano, sobre todo cuando es más débil, miserable y sufriente».⁴ Esta no es una metáfora piadosa, sino una realidad sacramental. El Santo Padre establece un poderoso paralelismo entre la promesa de la presencia eucarística «Yo estaré siempre con ustedes», Mt 28,20 y la afirmación de la presencia de Cristo en los necesitados «A los pobres los tendrán siempre con ustedes», Mt 26,11. Así, el encuentro con el pobre se convierte en un «modo fundamental de encuentro con el Señor de la historia».⁵

2. El grito del pobre como teofanía: *Dilexi te* realiza una relectura audaz del pasaje del Éxodo donde Dios se revela a Moisés. Dios dice: «Yo he visto la opresión de mi pueblo... y he oído los gritos de dolor... conozco muy bien sus sufrimientos. Por eso he bajado a librarlo» (Ex 3,7-8).⁶ El papa León XIV enseña que escuchar el grito del pobre hoy es identificarse con el corazón mismo de Dios. Por el contrario, «permanecer indiferentes a este grito es un pecado alejándose del corazón mismo de Dios».⁷ La pobreza, en sus múltiples formas (material, social, moral, espiritual, la falta de derechos y oportunidades), no es solo una estadística, sino un «grito» que interpela la conciencia de la Iglesia y del mundo.⁸

3. El juicio final como protocolo de la caridad: La Exhortación culmina su reflexión teológica recordando la parábola del Juicio Final (Mt 25,31-46). El Santo Padre afirma sin equivocación que este texto es:

«La llamada del Señor a la misericordia para con los pobres ha encontrado una expresión plena en la gran parábola del juicio final (cf. Mt25,31-46), que es también una descripción gráfica de la bienaventuranza de los misericordiosos. Allí el Señor nos ofrece la clave para alcanzar nuestra plenitud, porque «si buscamos esa santidad que agrada a los ojos de Dios, en este texto hallamos precisamente un protocolo sobre el cual seremos juzgados».⁹

La santidad que agrada a Dios no se mide por la observancia de ritos, sino por la respuesta concreta al hambre, la sed, la desnudez y la soledad del hermano. La fe que no se traduce en obras de misericordia “está completamente muerta” (St 2,17).¹⁰

Este fundamento teológico protege la acción social de la Iglesia de ser reducida a un simple acto de generosidad o a un activismo secular. La Iglesia sirve a los pobres no porque sea una ONG, sino porque en ellos encuentra y sirve al mismo Cristo que camina con los pobres.

II. La repercusión de *Dilexi te* en Colombia, dimensiones éticas y teológicas

El llamado universal de la Exhortación a escuchar el grito de los pobres resuena con particular sensibilidad en la realidad colombiana. La Conferencia Episcopal de Colombia (CEC) ha sido una voz constante que traduce este principio universal en un diagnóstico concreto y valiente. Los obispos colombianos denuncian que el sufrimiento en el país tiene causas claras: la injusticia social, la violencia y la pobreza, exacerbadas por una persistente fragmentación y polarización:

«Nos duele la persistente fragmentación y polarización que afecta la convivencia entre los colombianos: las divisiones políticas, sociales y económicas que se agudizan; las profundas heridas causadas por la violencia, la corrupción, el narcotráfico y las economías ilícitas. Junto con los laicos, las comunidades religiosas y ministros ordenados, asumimos el llamado del papa León XIV a ser promotores y artesanos de la unidad».¹¹

La CEC identifica las ‘nuevas pobrezas’ que constituyen el grito específico del pueblo colombiano: el abandono del mundo rural, la emigración forzada, la corrupción como un ‘mal moral’ que carcome la sociedad, y un profundo empobrecimiento espiritual. En este aspecto concreto, la Conferencia Episcopal Española en la 105^a asamblea plenaria de abril de 2015 propone:

«Es necesario que se produzca una verdadera regeneración moral a nivel personal y social y, como consecuencia, un mayor aprecio por el bien común, que sea verdadero soporte para la solidaridad con los más pobres y favorezca la auténtica cohesión social. Dicha regeneración nace de las virtudes morales y sociales, se fortalece con la fe en Dios y la visión trascendente de la existencia, y conduce a un irrenunciable compromiso social por amor al prójimo».¹²

En la declaración ‘La Tierra: Un don de Dios’, el episcopado hace una explícita opción preferencial por los más pobres, en nuestro caso, por el campesino colombiano. Esta no es una declaración abstracta, sino el punto de partida para una pastoral rural integral que busca responder a la grave y escandalosa situación de pobreza y violencia que sufre el campesinado:

«Optamos por una pastoral rural y de la tierra verdaderamente evangelizadora, orgánica, profética que lleve a la práctica del amor, la paz y la justicia; que responda a las exigencias de la realidad actual del mundo rural; que, sin excluir a nadie, se dirija especialmente a la promoción social y al desarrollo integral de los hermanos campesinos más pobres y que cumpla con su misión primordial de acompañar a las hombres y mujeres del campo, sembrando la semilla del Evangelio, regándola permanentemente y buscando conjuntamente salidas y alternativas a una situación que requiere medidas urgentes y eficientes».¹³

Asimismo, en un país marcado por décadas de conflicto, la CEC ha insistido en que la paz es ‘obra de la justicia’.¹⁴ Si bien promueven el diálogo, advierten que este no puede conducir a la impunidad. La verdadera paz exige una justicia restaurativa que repare integralmente a las víctimas y tutele eficazmente sus derechos a la verdad, a la justicia y a la reparación. Al pedir no dejar a nadie atrás en la construcción de la paz, especialmente a las víctimas y marginados:

«Colombia tiene el deber de avanzar y será fundamental el coraje y la determinación de la sociedad civil. Comprendamos que cada uno debe ser sujeto de transformación y que nadie tiene que surtirse excluido. No podemos dejar a nadie atrás; Dios sigue manifestándose a través de los pobres y de los acontecimientos de la historia humana, y cuenta con lo pequeño, lo sencillo y lo frágil como motor de cambio. La sociedad está llamada a superar la búsqueda del bien particular y priorizar el bien común como máximo valor».¹⁵

La Iglesia en Colombia encarna el mandato de *Dilexi te* de escuchar y responder al grito de los que sufren en un contexto específico:

«El corazón de la Iglesia, por su misma naturaleza, es solidario con aquellos que son pobres, excluidos y marginados, con aquellos que son considerados un ‘descarte’ de la sociedad. Los pobres están en el centro de la Iglesia, porque es desde la ‘fe en Cristo hecho pobre, y siempre cercano a los pobres y excluidos, [que] brota la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad».¹⁶

III. El contexto moral: El grito de los pobres, la misericordia y justicia en san Alfonso María de Ligorio

Para responder al llamado de *Dilexi te*, se necesita una sólida formación de la conciencia, una que equilibre la verdad con la misericordia. San Alfonso María de Ligorio, Doctor de la Iglesia, ofrece este fundamento moral. Su principal contribución fue superar el rigorismo jansenista, que presentaba a un Dios justiciero y convertía la vida moral en una carga insopitable. San Alfonso, en cambio, promovió una pedagogía de la misericordia, enseñando

a los confesores a ser «juez, pero sobre todo médico, y el médico no hiere, sana». ¹⁷

Esta benignidad pastoral es la condición indispensable para acercarse al pobre sin juzgarlo, reconociendo la propia fragilidad. Sin embargo, la misericordia alfonsiana no es laxismo. En su *Theologia Moralis*, San Alfonso enseña con firmeza la grave obligación de la limosna. Para él, no es un acto opcional de generosidad, sino un deber de justicia. Sostiene que una persona con bienes superfluos que no socorre al prójimo en extrema o grave necesidad comete un pecado grave. La caridad exige que los intereses vitales de un indigente prevalezcan sobre las ventajas personales de un orden inferior. Esta doctrina resuena directamente con la crítica de *Dilexi te* a la acumulación de riquezas mientras millones mueren de hambre o sobrevivan en condiciones indignas del ser humano. ¹⁸

San Alfonso define la limosna en un sentido amplio: «no sólo el regalo de efectos o dinero, sino también el alivio que se presta conforme a las necesidades de cada cual». ¹⁹ Pero ¿de dónde sacar la fuerza para vivir esta caridad exigente? San Alfonso es inequívoco: de la oración. Su famoso axioma, “El que ora se salva. El que no ora es condenado”, subraya que la oración es el único camino para obtener la ayuda necesaria para la salvación.

La unión con Cristo en la oración es lo que transforma el corazón y lo capacita para amar y servir, especialmente a los más abandonados, como él mismo hizo al fundar a los Redentoristas:

«El desprendimiento lo iba a conducir a otro mundo: el mundo de los espiritualmente abandonados. Abandonados porque eran marginados o porque no contaban para nada en la sociedad en que él habla vivido. No podemos pedir a Alfonso una comprensión de la pobreza y una opción por los pobres como hoy existe en la Iglesia. Sin embargo, no hay duda de que en su vida hizo una opción real por los pobres». ²⁰

IV. Método eclesial: La Sinodalidad como camino con los pobres

Si *Dilexi te* nos dice ‘qué hacer’ (escuchar y servir a Cristo en el pobre), la sinodalidad nos enseña ‘cómo hacerlo’ en la Iglesia de hoy. La sinodalidad, como la describe el papa Francisco, es el “caminar juntos” de todo el Pueblo de Dios. No es un parlamento, sino un proceso espiritual de escucha recíproca, donde cada uno tiene algo que aprender:

«El sentido del camino al cual todos estamos llamados consiste, principalmente, en descubrir el rostro y la forma de una Iglesia sinodal, en la que «cada uno tiene algo que aprender. Pueblo fiel, Colegio episcopal, Obispo de Roma: uno en escucha de los otros; y todos en escucha del Espíritu Santo, el ‘Espíritu de verdad’ (Jn 14,17), para conocer lo que Él ‘dice a las Iglesias’ (Ap 2,7)»²¹

En este camino, los pobres ocupan un lugar central. Una Iglesia sinodal se reconoce en deuda de escucha especialmente hacia las minorías, los descartados y los excluidos. El Documento de Síntesis de la XVI Asamblea del Sínodo afirma que «El corazón de Dios tiene un sitio

preferencial para los pobres [...], y por tanto también el de la Iglesia». ²²

Esto implica un cambio de paradigma crucial: los pobres dejan de ser meros ‘objetos’ de la caridad de la Iglesia para convertirse en ‘sujetos’ y protagonistas de su misión. Ellos, que conocen bien al Cristo sufriente, nos evangelizan con su sabiduría y su experiencia de la salvación. En definitiva, se convierte en un desafío ineludible para la Iglesia de hoy:

«Para nosotros cristianos, la cuestión de los pobres conduce a lo esencial de nuestra fe. La opción preferencial por los pobres, es decir, el amor de la Iglesia hacia ellos [...] Una Iglesia pobre para los pobres empieza con ir hacia la carne de Cristo. Si vamos hacia la carne de Cristo, comenzamos a entender algo, a entender qué es esta pobreza, la pobreza del Señor». ²³

La sinodalidad nos impulsa a pasar de una Iglesia que trabaja para los pobres a una Iglesia que aprende a caminar con los pobres, permitiendo que su voz y su perspectiva moldeen las decisiones pastorales. ²⁴ Este estilo de ‘caminar juntos’ es la única manera de cumplir auténticamente el mandato de *Dilexi te* de escuchar ‘su grito’, no como un ruido lejano, sino como la voz de hermanos y maestros en la fe.

Conclusión

La Exhortación Apostólica *Dilexi te* es un llamado radical a la conversión. Nos exige alinear nuestra fe, nuestra moral y nuestras prácticas pastorales con la verdad central del Evangelio: no se puede amar a Dios sin amar al pobre. El documento nos ofrece el fundamento teológico: Cristo mismo está presente en los que sufren. La Iglesia en Colombia nos muestra la urgencia pastoral, dando un rostro concreto a ese sufrimiento. San Alfonso María de Ligorio nos proporciona un horizonte moral, uniendo la misericordia con la justicia y anclando toda acción en la oración. Y la sinodalidad nos presenta el método eclesial, un camino de escucha y corresponsabilidad que pone a los pobres en el corazón de la Iglesia.

Responder a *Dilexi te* requiere, por tanto, una doble conversión: una conversión del corazón, para ver a Cristo en el rostro del necesitado, y una conversión de nuestras estructuras eclesiales, para que sean verdaderamente sinodales, espacios donde el grito de los pobres no solo sea escuchado, sino que se convierta en la guía de nuestra misión. Solo así la Iglesia podrá ser un signo creíble del amor de Dios en un mundo herido.

Así, el mensaje de *Dilexi te* se traduce en una Iglesia que no teme mancharse las manos sirviendo, que se arrodilla ante el dolor humano con ternura y firmeza evangélica, y que se deja guiar por la certeza de que en cada pobre late el mismo corazón de Cristo. Solo una Iglesia así ‘misericordiosa, misionera y sinodal’ podrá reflejar con credibilidad el amor que Dios sigue derramando sobre su pueblo. 

Vea las notas de pie de página
escaneando el QR





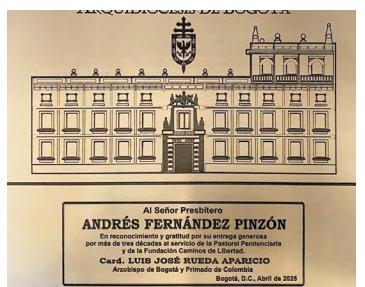
Reconocimiento al padre Andrés Fernández por su servicio pastoral

En un ambiente fraterno y de gratitud, el 5 de noviembre, el cardenal Luis José Rueda Aparicio, arzobispo de Bogotá, a través de monseñor Ricardo Pulido, vicario para el Desarrollo Humano Integral, entregó una placa de reconocimiento al padre Andrés Fernández por décadas de compromiso pastoral con las personas privadas de la libertad.

El encuentro contó con la presencia del Consejo Episcopal, quienes expresaron su agradecimiento al padre Andrés por la dedicación, cercanía y constancia con que acompañó espiritualmente a los internos en los centros penitenciarios y carcelarios, así como a sus familias y a los agentes de la pastoral penitenciaria.

Actualmente, el padre Andrés vive su tiempo de retiro y descanso, pero su legado continúa animando a la Iglesia arquidiocesana a no abandonar las fronteras de la dignidad humana. Su labor ha sido y seguirá siendo una inspiración para los sacerdotes, diáconos, laicos y voluntarios que continúan esta misión.

La Arquidiócesis de Bogotá agradece su vida entregada con amor y su valiosa contribución al servicio de la Pastoral Penitenciaria, signo vivo de la piedad de Cristo Buen Pastor. **F**



Tiempo para nutrir, cuidar y testimoniar la fe



El 2 de diciembre, en el Salón Rojo del hotel Tequendama, en el último encuentro del año del presbiterio arquidiocesano, en un ambiente de gozo y gratitud, se reconocieron los frutos del primer trienio del Camino Discipular Misionero que transita esta iglesia particular y se dio apertura al 'Tiempo para cultivar la fe'.

Monseñor Yoany Cupitra, nuevo vicario Episcopal en la VET Cristo Sacerdote, exhortó a sus hermanos en el ministerio a tomar conciencia sobre lo que significa "cultivar" la fe por parte de los presbíteros. "La semilla de la fe se incrementa con la oración, con la Palabra de Dios, aseguró insistiendo en la importancia de la oración permanente".

Por su parte, monseñor Daniel Delgado, vicario de Evangelización, explicó que "nuestro Camino Discipular Misionero, construido a la luz del Espíritu Santo, no fue concebido como una agenda sobrepuerta a nuestros encargos pastorales; tampoco es un plan estratégico empresarial, vino a nuestra Iglesia particular como respuesta a la inquietud por caminar de manera convergente, no paralela, con la vida de los habitantes de la ciudad".

Finalmente, el cardenal Luis José Rueda Aparicio animó a entrar con ardor misionero y esperanzador en este nuevo impulso del Espíritu Santo, que conduce al cultivo y al fortalecimiento de la fe. **F**

Con la Fundación Valenzuela Balén renace la esperanza



115 años cumplió la Fundación Monseñor Valenzuela Balén de la Arquidiócesis de Bogotá atendiendo a niños en situación de vulnerabilidad y con alguna discapacidad, en el barrio México, localidad Ciudad Bolívar, al sur de la ciudad.



A través de 15 programas integrales se atienden alrededor de 160 niños y 120 cuidadores o familiares. Recientemente sus instalaciones se ampliaron a un segundo piso, para fortalecer el servicio con mayor espacio y cobertura.

En la primera planta se encuentran cuatro baterías de baños, plataforma de elevación al segundo piso, ascensor, diez oficinas, sala de espera, jardines, un salón de música, sala de juntas, una huerta casera, la capilla y sacristía, y el parqueadero.

En el segundo nivel se adecuó una sala de espera, el auditorio, un salón taller productivo, salón creativo, otros dos salones y seis baterías de baños.

“No puedo dejar de mencionar la generosidad, el cariño, compromiso y dedicación que ha tenido la comunidad de voluntarios de la parroquia San Ambrosio, que donan su tiempo, su vocación de servicio y su trabajo a la fundación.



También, el Banco de Alimentos de la Arquidiócesis de Bogotá; muchas de las cosas que se encuentran en este lugar como el mobiliario, han sido donados por esta institución, que se ha solidarizado, además, con la tarea del apoyo nutricional de estos pequeños que se rehabilitan aquí”, expresó monseñor William Casas Velásquez, director ejecutivo y representante legal de la Fundación.

Programas activos para niños con discapacidad

La Fundación Valenzuela Balén ofrece servicios con programas de atención integral como: fonoaudiología, fisioterapia, terapia ocupacional, psicología, optometría y oftalmología, además de talleres productivos, formación espiritual y acompañamiento.

Talleres de adaptación: un proceso dirigido a niños en edades de 2 a 12 años con conductas disruptivas, baja tolerancia a tiempos de espera, o sin proceso de rehabilitación. Aquí se busca que el niño se adapte al entorno de la Fundación y mejore sus tiempos de tolerancia.

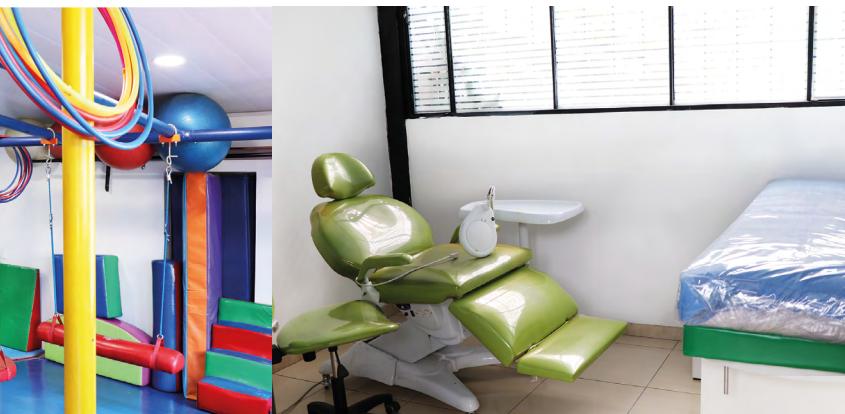
Talleres productivos prevocacional: se capacita a los niños en diferentes talleres productivos de acuerdo con el perfil adaptivo y ocupacional, brindando herramientas que les permitan aportar al proyecto de vida de jóvenes de 17 años en adelante.

Semana Creativa: dirigida a niños, adolescentes y jóvenes, tiene la intención de reconocer sus habilidades sociales, talentos y comportamientos en grupo, además, promover la inserción en un ambiente similar a un aula de clase.

Club de lectura escritura y temáticas (LEESMA): está dirigido a niños mayores de 7 años, escolarizados con dificultades o trastornos en el aprendizaje; está diseñado para desarrollar especialmente habilidades de lectura, escritura, procesos lógico-matemáticos, socialización y comunicación.

Desarrollo musical: se busca propiciar espacios de aprendizaje y descubrimiento de nuevos talentos, a través de la música.

Jardín de jardineros: es un taller o iniciativa ecológica que promueve en los beneficiarios el cuidado de la Casa Común, y se enseña sobre productos orgánicos, cultivar la tierra, reciclar, etc.



Apoyo, ayuda y capacitación para cuidadores y familias

A las familias se les brinda un paquete básico de alimentos o minimercados que complementan su alacena.

Red de cuidadores, es una red integrada por padres y cuidadores de los beneficiarios de la Fundación, que mediante espacios de participación y formación se les ayuda a su bienestar físico, salud mental e inclusión laboral, con espacios de aprendizajes para encontrar soluciones y recursos económicos para la familia.

En la fundación se ofrece a las familias, prevención y promoción en salud física y mental para padres y cuidadores; orientación y asesoría para solucionar temas relacionados con derecho laboral, penal, familiar y civil; consultorio técnico para asesoría en trámites de regularización y normalización de predios; orientación individual y familiar; se acompaña y orienta también en los procesos de garantía de derechos individuales, familiares y grupales, entre otros servicios.

El equipo de trabajo que opera dentro de la institución está conformado por: la Junta Directiva, cuatro personas a nivel administrativo, un equipo terapéutico, uno psicosocial, uno operativo, el equipo de voluntarios y otro personal para el desarrollo musical de los pequeños. 

“ Hoy podemos decir que durante estos 115 años de la Fundación, no solo han sido los sueños de su fundador monseñor Emilio Valenzuela Balén, sino que podemos encontrar los sueños hechos realidad de muchos sacerdotes de nuestra Iglesia arquidiocesana que han entregado su vida, esfuerzo y trabajo con amor a esta bella obra, amparada siempre bajo el amor maternal de la Virgen María”, enfatizó monseñor Casas.





Nuevos sacerdotes y diáconos para el servicio en esta Iglesia particular

La ceremonia de ordenación se llevó a cabo el 29 de noviembre, en la Basílica Metropolitana – Catedral Primada de Colombia.

La Eucaristía fue presidida por el cardenal Luis José Rueda Aparicio, arzobispo de Bogotá, y concelebrada por monseñor Edwin Vanegas, monseñor Alejandro Díaz y monseñor Germán Barbosa, obispos auxiliares de Bogotá. Acompañaron más de 200 sacerdotes, junto a los familiares de los ordenados y comunidad en general.

Nuevos diáconos

Jhon Jairo Hernández Marín
Seminario Redemptoris Mater

Andrés Esteban Méndez Cujabán
Seminario Redemptoris Mater

Juan Camilo Pinto Pumarejo
Seminario Redemptoris Mater

Ricardo Antonio Toro Buitrago
Seminario Redemptoris Mater

Nuevos presbíteros

Germán Aníbal Tovar Cortés
Seminario Mayor de Bogotá

Juan Nicolás Nieto Gámez
Seminario Redemptoris Mater

Miguel Ángel Gutiérrez Noriega
Seminario Redemptoris Mater

Jimmy Junior Landazuri
Sevillano
Misioneros de la Anunciación

Detrás, de izquierda a derecha: Monseñor Alejandro Díaz; neopresbítero Germán Aníbal Tovar Cortés; neopresbítero Jimmy Junior Landazuri Sevillano; monseñor Germán Barbosa; cardenal Luis José Rueda Aparicio; monseñor Edwin Vanegas; neopresbítero Nicolás Nieto Gómez; neopresbítero Miguel Ángel Gutiérrez Noriega.

Adelante, de izquierda a derecha: Diácono Ricardo Antonio Toro Buitrago; diácono Juan Camilo Pinto Pumarejo; diácono Andrés Esteban Méndez Cujabán; diácono Jhon Jairo Hernández Marín.

Una memoria de 45 años y un agradecimiento vivo

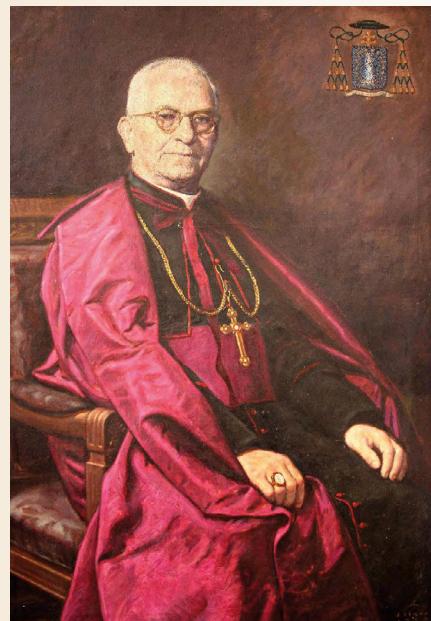
El cardenal Luis José inició su homilía evocando el canto litúrgico: “Verán los reyes, se pondrán en pie; los príncipes de la tierra se inclinarán... Yo te he elegido”.

A partir de estas palabras, recordó que hace 45 años, también un 29 de noviembre, se ordenaron en la misma Catedral varios sacerdotes bajo la imposición de manos del cardenal Aníbal Muñoz Duque. Mencionó con gratitud a: monseñor Sergio Pulido Gutiérrez, monseñor Alejandro Henao de Brigard, monseñor Jorge Acevedo Márquez; padre Isaías Márquez Molina, padre Jorge Humberto Pacheco Rojas, padre Francisco Lizarazo.

Continuando con espíritu de gratitud por el don del sacerdocio, el cardenal planteo tres aspectos a los que el ministro ordenado esta llamado:

1. Dar la vida: la belleza del sacerdocio. Explicó que el ministerio ordenado es un don de la misericordia de Dios y que su mayor belleza está en “dar la vida” siguiendo a Jesús, Buen Pastor.

2. Conocer al estilo de Jesús. Destacó la necesidad de que el sacerdote se reconozca a sí mismo con humildad y conozca a su rebaño desde el corazón, siendo compasivo: “Necesitamos sacerdotes compasivos”, afirmó.



**Arzobispo coadjutor con derecho a sucesión
Monseñor Ismael Perdomo Borrero
(1872-1950)**

Monseñor Ismael Perdomo Borrero, nacido en Gigante (Huila) el 22 de febrero de 1872 y ordenado sacerdote el 19 de diciembre de 1896, fue promovido por Su Santidad Benedicto XV a la Sede Titular de Trajanópolis como coadjutor del arzobispo de Bogotá, ejerciendo luego como arzobispo titular desde el 2 de enero de 1928 hasta su muerte, el 3 de junio de 1950.

Reconocido como apóstol de la paz, pastor prudente y promotor incansable de obras educativas y sociales, el venerable monseñor Perdomo dejó un legado de santidad y servicio.

Durante su gobierno pastoral impulsó la construcción del Seminario Mayor de Bogotá, fundó la Escuela Apostólica San Benito en Sibaté y fortaleció la formación sacerdotal.

Tras su fallecimiento, el 3 de junio de 1950, sus restos fueron trasladados a la capilla de La Inmaculada en la Catedral Primada.

Su proceso de beatificación fue abierto en 1962, y el papa Francisco, el 7 de julio de 2017, lo declaró venerable, en reconocimiento a sus virtudes heroicas. E

*Lamentamos la omisión y expresamos nuestro reconocimiento y gratitud por la vida y obra de quien fue un testimonio ejemplar de fe, caridad y liderazgo pastoral en la Arquidiócesis de Bogotá.

3. Cuidar y construir unidad. Pidió vivir la “cultura del cuidado”: cuidar la espiritualidad, la afectividad, el entusiasmo pastoral y la comunión con el pueblo de Dios, evitando los “lobos internos y externos” que destruyen la unidad.

También recordó que el sacerdote está llamado a permanecer incluso en tiempos de prueba, evocando el testimonio de los presbíteros durante la pandemia.

También se oficializó la adscripción de los nuevos diáconos: John Jairo Hernández Marín a la parroquia San Mateo (Vicaría Episcopal Territorial Cristo Sacerdote); Ricardo Antonio Toro a la parroquia Santa María del Camino (Vicaría Episcopal Territorial San Pedro); Andrés Esteban Méndez Cujabán al Seminario Arquidiocesano Redemptoris Mater; y Juan Camilo Pinto Pumarejo al Seminario Conciliar de Bogotá.

Un llamado final: caminar en comunión

El arzobispo concluyó confiando a los nuevos ministros a la Virgen María, Madre del Buen Pastor, y pidió que vivan el sacerdocio con humildad, oración, cercanía al pueblo y fidelidad: “Cuiden su ministerio. Déjense ayudar. No se enciernen. Caminen con el pueblo de Dios”. E

“ El nuevo héroe no es ya quien escala montañas empujando una roca, sino quien es capaz de sembrar jardines en la cima ”

Fabi Said Castro • Presbítero • Párroco Santísima Trinidad

El mito de la cima vacía

Hubo un tiempo en el que la vida era una montaña escarpada, y los humanos, tal como Sísifo*, en el transcurrir perpetuo de su condena, empujábamos piedras de trabajo y esfuerzo cuesta arriba. En el sudor de aquel esfuerzo encontrábamos un especial significado: la lucha contra la escasez nos unió; el error era maestro para la humildad; cada meta lejana se convertía en propósito que nos daba motivación para despertar cada mañana; en otros términos, vivir implicaba enfrentar los rigores de la adversidad y sobreponerse a los mismos. Desarrollamos en medio de aquel empeño máquinas para rendir y mejorar nuestros esfuerzos y el fruto de nuestro trabajo. Siglos más tarde, esas máquinas fueron codificadas para aprender a pensar. La inteligencia artificial logró pulverizar la piedra que cargábamos, desvaneciéndola en algoritmos, y gracias a ella, logramos alcanzar la cima de la montaña. Pero ahora que nos encontramos en la cumbre de la comodidad, el eco nos trae un interrogante que pocas veces nos habíamos planteado como especie: ¿Qué haremos cuando ya no haya nada que hacer?

El paraíso que esperábamos encontrar al llegar a la cima resultó ser un árido y hostil desierto. Estudios recientes revelan, por ejemplo, el impacto negativo que el uso excesivo de la Inteligencia Artificial tiene sobre el cerebro. En el ámbito educativo, niños y adolescentes tienden a sufrir episodios de ansiedad y depresión; los adultos, al delegar responsabilidades que implican el análisis de datos a las IA, poco a poco, van perdiendo capacidades de concentración y memorización. Y en áreas como el periodismo, la sistematización de datos genera incertidumbre laboral y episodios disruptivos que perjudican la salud mental. De cualquier modo, tenemos ahora más tiempo libre, pero cada vez menos alegría genuina.

Byung Chul Han, autor del célebre libro *La sociedad del cansancio*, explica esta crisis con una interesante metáfora: antes, solíamos ser esclavos de un amo externo que nos imponía un trabajo, ahora, somos esclavos de un verdugo interno que nos exige ser felices. Ahora convertimos el descanso en una competencia: meditamos para rendir más, la libertad es ahora una jaula de oro; circunstancia



que resulta hasta cierto punto disonante, un oxímoron evidente. El estándar de mayor productividad regenta en tiempos donde el tiempo libre, gracias a la irrupción de la Inteligencia Artificial, se vuelve común denominador. El esfuerzo humano ha cedido su lugar a la eficiencia, y ahora, el tiempo, que se vuelve abundante, es la dimensión que posibilita el tránsito al sujeto de ser un '*animal laborans*' a un '*homo auto explotador*', el cual se presiona a sí mismo para lograr la optimización de cada segundo, lo que repercute en la pérdida de sentido de su existencia. Nos hallamos frente a una paradoja profundamente dolorosa: hemos creado máquinas para liberarnos de las cargas del trabajo, pero terminamos extrañando aquella roca que empujábamos con tanto esfuerzo. Poco a poco las tareas más triviales de la vida cotidiana se han vuelto obsoletas e innecesarias, y acudimos de forma impulsiva a proyectos insulsos que inventamos en un afán de sentirnos altamente productivos. No paramos de revisar correos sin necesidad y volcamos nuestra existencia al ocio, al entretenimiento y al consumo compulsivo de series y redes sociales, donde se nos recuerda, en medio de un discurso excesivamente positivo, nuestro deber de ser cada vez más productivos; donde se responsabiliza, de manera deshonesta, a quienes padecen el rigor de las desigualdades de su propia situación. El aburrimiento moderno no se experimenta por falta de estímulos, sino por la saturación de posibilidades que son absolutamente vacías, por lo que el antídoto resulta amplificando este malestar, dado que hemos caído en la ansiedad de la comparación.

La hiperactividad digital, va atrofiando la capacidad de contemplación y aburrimiento profundo y genuino, ese que para Han, consiste en un estado crucial para estimular la reflexión, la creatividad y la percepción de lo nuevo. La saturación y sobreestimulación digital impide esa pausa necesaria que nos lleva a la contemplación, para nuestro caso como católicos, nos inhibe de una espiritualidad genuina y guiada por Dios, nuestro Señor.

Donde esperábamos plenitud absoluta, solo hay un desgarrador silencio, y de vez en cuando, el eco de aquella pregunta existencial: ¿Qué haremos cuando ya no haya nada que hacer? No hay misterios que descifrar, sólo la paradoja de que el sujeto contemporáneo vive en lo que Han ha denominado “la sociedad de la positividad”, en la cual, el exceso de estímulo remplaza al sentido, y en donde la hiperconexión va suprimiendo progresivamente la existencia del otro.

En la cima de la eficiencia, no hay la libertad entendida como bienestar sino una nueva expresión de esclavitud contemporánea: la conciencia de autoexplotación disfrazada de autonomía. Nace entonces un nuevo mito, no el de un héroe que lucha sin encontrar el final, sino el del ser humano que ha conquistado todo y sucumbe a la perplejidad de no saber qué hacer con su victoria y con su vida. El titán ya no empuja la roca en dirección a la cima, sino que el peso del tiempo libre, de la autoexigencia, de la fatiga crónica ahora está sobre sus lomos, el sujeto del cansancio neurótico es ahora víctima de un sistema donde el rendimiento se impone como imperativo moral, mientras que la automatización y la desaparición de su trabajo es reemplazado por lo digital, por el auge de las IA.

Con la sobreestimulación digital y con la inteligencia artificial operando en cada rincón de la vida humana, no habrá entretenimiento para tanto ocio, y el aburrimiento, no cumplirá la función de estimularnos hacia la trascendencia, sino que contribuirá a hundirnos en conductas disruptivas a partir de comparaciones compulsivas.

El hombre alcanzó la cima y no tiene nada que hacer allí, el peso de la productividad es ahora su nueva carga. Ha sido el exceso de positividad el que genera fatiga y paulatinamente se convierte en aburrimiento y hastío. En nuestros tiempos, el *homo programator* es capaz de diseñar sus propias agendas, sus hábitos, incluso su placer, pero no puede programar aquello que le da sentido a su existencia. Cuanto más resuelve la tecnología, en medio de esa sobreabundancia que produce, el ser humano se convierte, siguiendo a Han, en “máquina de rendimiento vacía”, en testigo de su obsolescencia existencial.

Esta es la verdadera cima: una meseta de abundancia sin propósito ¿Qué sentido tiene la existencia cuando todo

está resuelto La existencia humana no se deja reducir a datos: el dolor enseña, la contemplación transforma, la presencia del otro commueve y estas experiencias no pueden suprimirse en un algoritmo. Se pueden automatizar tareas e incluso rutinas, pero no la plenitud de quien las ejecuta con sentido, se puede simular una conversación, pero no la empatía ni la verdad; el algoritmo puede contribuir a la organización de la vida, pero no llega a justificarla.

El desafío ahora, no es conquistar otras cimas, sino habitar la cima que hemos alcanzado sin vaciarnos en el proceso. Hemos de volver a lo esencial: al silencio, a la lentitud, a la presencia del otro, desaprender ciertas urgencias, no afanarnos por ser más productivos, sino por ser más humanos. Tal vez, la cima vacía no es un castigo sino una oportunidad para comprender que el sentido no se programa, sino se habita, y que la libertad, no es hacer lo que uno quiere, sino querer y optar por lo que realmente importa.

En otras palabras, el antídoto está en el otro. Cuando todo está resuelto solo queda el encuentro auténtico; regalar presencia, empatía, en lugar de likes; escuchar sin ofrecer soluciones artificiales; preguntarnos por cómo está el próximo sin estar mirando la pantalla de un celular; proteger el misterio, maravillarnos con lo que la ciencia aún no es capaz de explicar; abrazar rituales sin aparente utilidad; dejar un espacio para lo sagrado, para Dios.

El nuevo héroe no es ya quien escala montañas empujando una roca, sino quien es capaz de sembrar jardines en la cima; quien entiende que dicha cima no representa un fracaso y el final del sentido de la experiencia humana, sino una oportunidad para redefinir la misma y descubrir la plenitud.

La lección final, lo reitero, es apercibirse de que la libertad no consiste en actuar a plena voluntad e incluso al compás del capricho, sino en hacer lo que realmente importa. Y lo que importa, en esta época de abundancia de certezas y de automatización, nace del vacío compartido, de la grieta que nos hace conscientes de que somos humanos. La condena de Sísifo no era simplemente empujar la piedra, sino darse cuenta de que en el esfuerzo latía la libertad. Desde la cima podemos reinventar esa libertad, no como escape del trabajo, sino como encuentro con lo que hace vibrar sin razones. El futuro no está en la conquista de nuevas cimas, sino en contemplar y hermosear la llanura desértica que, al llegar a la cima, hemos conquistado. **F**

*En la mitología griega, Sísifo fue el fundador y rey de Éfira, más tarde conocida como Corinto.

Desde la Cancillería

COMUNICADO N.º 030/2025

Vicario General

Al excelentísimo monseñor Germán Humberto Barbosa Mora, vicario general de la Arquidiócesis de Bogotá, con mandato especial.

Párrocos

Al reverendo padre Dominik Lukasz Kaczmarek, S.A.C., párroco en la parroquia La Divina Providencia, Vicaría Episcopal Territorial Cristo Sacerdote.

Vicarios parroquiales, con facultades generales

para presenciar matrimonios en la parroquia para la que han sido nombrados y durante el tiempo que permanezcan en el cargo

Al reverendo padre Wilson Javier Sossa López, C.J.M., vicario parroquial en la parroquia Jesús y María, Vicaría Episcopal Territorial Santa Isabel de Hungría.

Al reverendo padre Eberto de Jesús Cano Álvarez, S.D.S., vicario parroquial en la parroquia El Divino Salvador, Vicaría Episcopal Territorial Cristo Sacerdote.

Al reverendo padre Aldair Alexis Alvarino Solano, O.M.D., vicario parroquial en la parroquia Beato Miguel Rúa, Vicaría Episcopal Territorial Padre Misericordioso.

Al reverendo padre Julio Alejandro Blanco González, C.P., vicario parroquial en la parroquia La Sagrada Pasión, Vicaría Episcopal Territorial Inmaculada Concepción.

Diáconos permanentes

Al diácono permanente Gustavo Merchán Calderón, adscrito en la parroquia Santos Timoteo y Tito, Vicaría Episcopal Territorial San Pedro.

Al diácono permanente Gustavo Merchán Calderón, delegado para la formación permanente del Diaconado Permanente.

Consejo Presbiteral (periodo 2024-2027)

Al señor presbítero Fabio de Jesús Sepúlveda Cardona, en representación

de la Vicaría Episcopal Territorial Espíritu Santo.

A los señores presbíteros Marino Marín Marmolejo, Raúl Omar Gélvez Ordóñez y Edgardo Robles Torrecilla, en representación de la Vicaría Episcopal Territorial San José.

Al señor presbítero Gabriel Londoño Sepúlveda, en representación de la Vicaría Episcopal Territorial Padre Misericordioso.

A los señores presbíteros Edgar Gómez Salcedo y Paulo Andrés González Londoño, en representación de la Vicaría Episcopal Territorial Santa Isabel de Hungría.

Otros

Al señor presbítero Nicanor Amaya Quintero, adscrito en la Vicaría Episcopal Territorial Santa Isabel de Hungría

Al señor presbítero César Augusto Nieto Rubio, confesor ordinario del primer Monasterio de la Visitación de Santa María, Vicaría Episcopal Territorial Cristo Sacerdote, para el periodo 2025-2028

Al señor presbítero Edgar Oswaldo Alarcón Manrique, capellán en la Clínica La Colina.

Al reverendo Fray Hugo Andrés Sánchez Quintero, O.F.M., rector de los Templos San Francisco y La Tercera, Vicaría Episcopal Territorial Inmaculada Concepción.

Al reverendo fray Juan Alberto Cárdenas Ruiz, O.S.A., rector del Templo de San Agustín, Vicaría Episcopal Territorial Inmaculada Concepción.

Al señor presbítero Henry Espíndola Zaldúa, adscrito en la parroquia Nuestra Señora de la Candelaria, Vicaría Episcopal Territorial Santa Isabel de Hungría.

Al reverendo padre John Álvaro Herrera García, C.J.M., capellán en el Gimnasio Femenino, Vicaría Episcopal Territorial Padre Misericordioso.

A la señorita Angie Carolina Neira Saavedra, notaria auxiliar de la Vicaría

Episcopal Territorial Cristo Sacerdote, para un periodo de tres (3) años.

Al reverendo padre Cleimer Orlando Wilchez Vargas, M.I., capellán en la Clínica Palermo, Vicaría Episcopal Territorial Cristo Sacerdote.

Admisión al Sacramento del Orden en el grado de presbítero

Al diácono Miguel Ángel Gutiérrez Noriega (Seminario Misionero Arquidiocesano Redemptoris Mater).

Al diácono Germán Aníbal Tovar Cortés (Seminario Conciliar de Bogotá).

Al diácono Juan Nicolás Nieto Gámez (Seminario Misionero Arquidiocesano Redemptoris Mater).

Al diácono Jimmy Junior Landázuri Sevillano (Misioneros de la Anunciación).

Admisión al Sacramento del Orden en el grado de Diácono

A los ministros acólitos Jhon Jairo Hernández Marín, Ricardo Antonio Toro Buitrago, Andrés Esteban Méndez Cujabán y Juan Camilo Pinto Pumarejo (Seminario Misionero Arquidiocesano Redemptoris Mater).

Institución ministro Acólito

A Kevin Urmendis Gil (Seminario Misionero Arquidiocesano Redemptoris Mater).

A Luis Felipe Gómez Herrera (Seminario Conciliar de Bogotá).

Institución ministro Lector

Al candidato John Fredy Rojas Losada (Seminario Conciliar de Bogotá).

Candidatos al Sacramento del Orden (Seminario Conciliar de Bogotá)

A los seminaristas Juan David Carrillo Ojeda, Cristian Camilo García Muñoz y Miguel Ángel Urrego Bejarano.

Licencias

Al diácono permanente Camilo Alberto Rojas Rodríguez, licencia pastoral por veintidós (22) meses a partir del 1 de octubre de 2025 hasta el 2 de agosto del año 2027.

Al diácono permanente Ricardo López Gómez, licencia pastoral por un (1) año.

Al diácono permanente Jorge Franco Rugeles, licencia pastoral por dos (2)

años, para ejercer su ministerio en la Diócesis de Cúcuta.

Licencia por un (1) año para que, en la **capilla del Colegio de La Salle de Bogotá**, ubicado en la calle 180 #11-11, Vicaría Episcopal Territorial Padre Misericordioso, se mantenga la Reserva del Santísimo Sacramento, sin embargo, en esta capilla no habrá culto público sino privado.

Licencia por tres (3) años para que, en la **capilla de la casa del Monasterio Nuestra Señora de Gracia**, ubicada en la carrera 11 #185B-78, Vicaría Episcopal Territorial Padre Misericordioso, se mantenga la Reserva del Santísimo Sacramento, sin embargo, en esta capilla no se autoriza la celebración de los demás sacramentos y no habrá culto público, sino exclusivamente privado.

Licencia por tres (3) años para que, en la **capilla de la Casa Madre de la Fraternidad de la Divina Providencia**, ubicada en la calle 117 #6A-40, Vicaría Episcopal Territorial Padre Misericordioso, se mantenga la Reserva del Santísimo Sacramento, sin embargo, en esta capilla no se autoriza la celebración de los demás sacramentos y no habrá culto público, sino exclusivamente privado.

Bogotá D.C., 19 de noviembre de 2025

COMUNICADO N.º 31/2025

Vicarios Episcopales

Ratificar por tres años vicarios episcopales territoriales con funciones de vicarios generales en su territorio

Al vicario episcopal Darío Álvarez Botero, en la Vicaría Episcopal Territorial Inmaculada Concepción.

Al vicario episcopal Nelson Humberto Torres González, en la Vicaría Episcopal Territorial San José.

Al vicario episcopal Mauricio Urbina Villamil, en la Vicaría Episcopal Territorial San Pablo.

Al vicario episcopal Rafael María de Brigard Merchán, en la Vicaría Episcopal Territorial Padre Misericordioso.

Nombrar por tres años vicarios episcopales territoriales con funciones de vicarios generales en su territorio

Al vicario episcopal Yoany Víctor Cupitra Díaz, en la Vicaría Episcopal Territorial Cristo Sacerdote.

Al vicario episcopal Astolfo Moreno Salamanca, en la Vicaría Episcopal Territorial Espíritu Santo.

Al vicario episcopal Rubén Darío Hernández Perdomo, en la Vicaría Episcopal Territorial San Pedro.

Al vicario episcopal Abelardo Gómez Serrano, en la Vicaría Episcopal Territorial Santa Isabel de Hungría

Párrocos

Al señor presbítero José Alexander Matamoros González, en la parroquia Santa Teresita del Niño Jesús, Vicaría Episcopal Territorial Inmaculada Concepción.

Al señor presbítero José Saúl Cano Soler, en la parroquia San Victorino - La Capuchina, Vicaría Episcopal Territorial Inmaculada Concepción.

Al señor presbítero Jorge Alejandro Cifuentes Tovar, en la parroquia Jesucristo Obrero, Vicaría Episcopal Territorial Inmaculada Concepción.

Al señor presbítero Omar José Bernal Ruiz, en la parroquia San Jorge, Vicaría Episcopal Territorial Cristo Sacerdote.

Al señor presbítero Andrés Felipe Arias Leal, en la parroquia San Alberto Magno, Vicaría Episcopal Territorial Cristo Sacerdote.

Al señor presbítero Edson Johan Pino Romero, en la parroquia Santa María del Monte, Vicaría Episcopal Territorial Cristo Sacerdote.

Al señor presbítero Adolfo Vera López, en la parroquia San Francisco de Paula, Vicaría Episcopal Territorial Cristo Sacerdote.

Al señor presbítero José Luis Vergara Acosta, en la parroquia La Sagrada Familia, Vicaría Episcopal Territorial Espíritu Santo.

Al señor presbítero Yarolt Dalberto Contreras Morantes, en la parroquia Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, Vicaría Episcopal Territorial Espíritu Santo.

Al señor presbítero Mauricio Andrés Fontalvo Florián, en la parroquia San Luis Gonzaga, Vicaría Episcopal Territorial Espíritu Santo.

Al señor presbítero Juan Abelardo López Zabala, en la parroquia Nuestra

Señora de la Sabiduría, Vicaría Episcopal Territorial Espíritu Santo.

Al señor presbítero Jonathan Jairo Luzardo Martínez, en la parroquia Nuestra Señora del Rosario de Fátima, Vicaría Episcopal Territorial Espíritu Santo.

Al señor presbítero Feliciano Tejedor Tejedor, en la parroquia Santa Rosa de Lima, Vicaría Episcopal Territorial Espíritu Santo.

Al señor presbítero Víctor Fernando Casallas Fetecua, en la parroquia San Vicente Ferrer, Vicaría Episcopal Territorial Espíritu Santo.

Al reverendo padre Luis Eduardo Pérez Villegas, M.I., en la parroquia San Roque, Vicaría Episcopal Territorial Espíritu Santo.

Al señor presbítero Conrado de Jesús Sánchez Posada, en la parroquia Los Santos Reyes, Vicaría Episcopal Territorial San José.

Al señor presbítero Justiniano Sanabria Torres, en la parroquia Nuestra Señora de Belén - Ubaque, Vicaría Episcopal Territorial San José.

Al señor presbítero Edgar Gómez Salcedo, en la parroquia La Inmaculada Concepción - Cáqueza, Vicaría Episcopal Territorial San José.

Al señor presbítero Daniel Alirio Saldarriaga Molina, en la parroquia Santo Domingo Savio, Vicaría Episcopal Territorial San Pedro.

Al señor presbítero Julio Hernando Solórzano Solórzano, en la parroquia San Maximiliano Kolbe, Vicaría Episcopal Territorial San Pedro.

Al señor presbítero Jesús Alberto Pinzón Calderón, en la parroquia Santos Timoteo y Tito, Vicaría Episcopal Territorial San Pedro.

Al señor presbítero Orlando Alfonso Aguilar Barrios, en la parroquia Madre Laura, Vicaría Episcopal Territorial San Pablo.

Al señor presbítero Pedro Nel Cancino Useda, en la parroquia San Juan Damasceno, Vicaría Episcopal Territorial San Pablo.

Al señor presbítero Gerardo Martínez Salamanca, en la parroquia Jesucristo de Betania, Vicaría Episcopal Territorial San Pablo.

Al señor presbítero **Yesid Alfonso Núñez Vega**, en la parroquia El Divino Rostro, Vicaría Episcopal Territorial San Pablo.

Al señor presbítero **Daniel Arturo Delgado Guana**, en la parroquia Cristo Maestro, Vicaría Episcopal Territorial Padre Misericordioso.

Al señor presbítero **Jairo Alfonso García Parra**, en la parroquia Santa Rafaela María del Sagrado Corazón de Jesús, Vicaría Episcopal Territorial Padre Misericordioso.

Al señor presbítero **Edison Fabiany Buitrago Bautista**, en la parroquia Santa Margarita Reina, Vicaría Episcopal Territorial Santa Isabel de Hungría.

Al señor presbítero **Gildardo de Jesús Ciro Montoya**, en la parroquia María, Madre de la Iglesia, Vicaría Episcopal Territorial Santa Isabel de Hungría.

Administradores parroquiales
Al señor presbítero **Yesid Augusto Durán Castillo**, en la parroquia Cristo Misionero, Vicaría Episcopal Territorial San Pablo.

Al señor presbítero **Henry Espíndola Zaldúa**, en la parroquia Nuestra Señora del Santísimo Sacramento, Vicaría Episcopal Territorial Santa Isabel de Hungría.

Vicarios parroquiales, con facultades generales para presenciar matrimonios en la parroquia para la que han sido nombrados y durante el tiempo que permanezcan en el cargo

Al señor presbítero **Daniel Felipe Otero Espinel**, en la parroquia La Inmaculada Concepción – Cáqueza, Vicaría Episcopal Territorial San José.

Al señor presbítero **Laureano Barón Casas**, en la parroquia Inmaculada Concepción – Chicó, Vicaría Episcopal Territorial Cristo Sacerdote.

Al señor presbítero **Carlos Andrés Castillo Franco**, en la parroquia Santa María del Camino, Vicaría Episcopal Territorial San Pedro.

Al señor presbítero **Camilo Andrés Torres González**, en la parroquia Santa María del Camino, Vicaría Episcopal Territorial San Pedro.

Al señor presbítero **Germán Aníbal Tovar Cortés**, en la parroquia San Pedro – Usme, Vicaría Episcopal Territorial San Pablo.

Al reverendo padre **Moisés Roberto Peña Martínez, S.J.**, en la parroquia Santa Beatriz, Vicaría Episcopal Territorial Padre Misericordioso.

Al señor presbítero **Jimmy Junior Landázuri Sevillano**, en la parroquia Santa Luisa de Marillac, Vicaría Episcopal Territorial Santa Isabel de Hungría.

Otros

Al señor presbítero **Miguel Ángel Gutiérrez Noriega**, moderador en el *in solidum* de las parroquias Nuestra Señora de Chiquinquirá – Quetame y Madre de la Misericordia, Puente Quetame – Sáname, Vicaría Episcopal Territorial San José.

Al señor presbítero **Yesid Sebastián Álvarez Álvarez**, en el *in solidum* de las parroquias Nuestra Señora de Chiquinquirá – Quetame y Madre de la Misericordia, Puente Quetame – Sáname, Vicaría Episcopal Territorial San José.

Al señor presbítero **Carlos Arévalo Gil**, rector en el Santuario El Señor de Monserrate, Vicaría Episcopal Territorial Inmaculada Concepción.

Al señor presbítero **José Luis Vergara Acosta**, rector en el Instituto Tecnológico del Sur, Vicaría Episcopal Territorial Espíritu Santo.

Al señor presbítero **Yarolt Dalberto Contreras Morantes**, rector en el Instituto San Ignacio de Loyola, Vicaría Episcopal Territorial Espíritu Santo.

Al señor presbítero **José Alexander Matamoros González**, rector en el Liceo parroquial San Gregorio Magno, Vicaría Episcopal Territorial Inmaculada Concepción.

Al señor presbítero **Mauricio Andrés Fontalvo Florián**, rector en el colegio parroquial San Luis Gonzaga, Vicaría Episcopal Territorial Espíritu Santo.

Al señor presbítero **Guillermo Andrés Rodríguez Giraldo**, formador del Seminario Conciliar de Bogotá.

Al señor presbítero **Camilo Andrés Torres González**, capellán en el Centro de Tratamiento e Investigación sobre Cáncer Luis Carlos Sarmiento Angulo - CTIC.

Al señor presbítero **Ricardo Londoño Domínguez**, asistente espiritual de la Clínica Santo Tomás.

Al señor presbítero **Julio Hernando Castillo Guerrero**, en el Proyecto parroquia San Carlo Acutis, Vicaría Episcopal Territorial San Pedro.

Al señor presbítero **Juan Nicolás Nieto Gámez**, en el Proyecto parroquia San Carlo Acutis, Vicaría Episcopal Territorial San Pedro.

Al diácono **Jhon Jairo Hernández Marín**, adscrito a la parroquia San Mateo, Vicaría Episcopal Territorial Cristo Sacerdote.

Al diácono **Ricardo Antonio Toro Buitrago**, adscrito a la parroquia Santa María del Camino, Vicaría Episcopal Territorial San Pedro.

Al diácono **Andrés Esteban Méndez Cujabán**, adscrito al Seminario Arquidiocesano Redemptoris Mater.

Al Diácono **Juan Camilo Pinto Pumarejo**, adscrito al Seminario Conciliar de Bogotá.

Conceder licencia pastoral en la Diócesis de Santander – España

Al señor presbítero **Eugenio Fernández Herrera**, por un (1) año.

Bogotá D.C., 28 de noviembre de 2025.

OTROS NOMBRAMIENTOS

Oficina Arquidiocesana de Comunicaciones

Director: monseñor Mauricio Urbina Villamil, y vicario en la Vicaría Episcopal Territorial San Pablo

Diaconía para la Espiritualidad Sinodal

Director: Presbítero John Álvaro Jiménez Carvajal.

Diaconía para la Formación Discipular Misionera

Director: Presbítero Jerson Rincón Umbarila. 

EN IMÁGENES

Parroquia Jesucristo Obrero
Carrera 3C #32-10
Barrio La Perseverancia
VET Inmaculada Concepción



“El pueblo que caminaba en tinieblas **vio una gran luz;**
sobre los que vivían en tierra de sombras, **una luz resplandeció”**
(Is 9,1).



La oficina de comunicaciones de la
Arquidiócesis de Bogotá y la revista Fraternidad,
les desean *Feliz Navidad y próspero Año Nuevo.*

**Que la esperanza, la fe y la caridad
conduzcan nuestros pasos.**